



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Derecho y Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

**RUTAS DIVERGENTES DEL COMUNISMO:
UN ANÁLISIS COMPARATIVO DEL
COLAPSO SOVIÉTICO, LA REACCIÓN
CHINA Y LAS TRAYECTORIAS
POLÍTICAS EN AMBOS PAÍSES A FINALES
DEL SIGLO XX**

Autor: Alejandra Alonso González

Director: Javier Gil Pérez

Madrid, mayo 2025

Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado en Relaciones Internacionales.

Por la presente, yo, Alejandra Alonso González, estudiante de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado "Rutas divergentes del comunismo: un análisis comparativo del colapso soviético, la reacción china y las trayectorias políticas en ambos países a finales del siglo XX", declaro que he utilizado la herramienta de IA Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Sintetizador y divulgador de libros complicados:** Para resumir y comprender literatura compleja.
2. **Traductor:** Para traducir textos de un lenguaje a otro.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, haciendo uso de ChatGPT u otras herramientas similares como instrumentos de apoyo para los fines descritos. Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 4 de mayo de 2025

Firma:

Alejandra Alonso González

RESUMEN

En el último tercio del siglo XX, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la República Popular China enfrentaron profundas crisis internas caracterizadas por el estancamiento económico y la progresiva pérdida de legitimidad en sus respectivos partidos únicos, en un contexto internacional en constante cambio. A pesar de que ambos países compartían una raíz ideológica comunista y se enfrentaban a similares desafíos estructurales, su reacción y las medidas adoptadas marcaron la diferencia. En la URSS, la inmediatez de las reformas políticas y económicas impulsadas por Gorbachov fueron la consecuencia directa de que el sistema terminase por descomponerse. Por el contrario, en China, bajo el liderazgo de Deng Xiaoping, se emprendió una transformación gradual de la economía, lo que permitió la modernización del país sin que el Partido Comunista perdiese el control autoritario.

Un análisis combinado de lo acaecido en ambos países permite entender cómo el liderazgo político, las estructuras institucionales, los mecanismos de legitimación política y la posición internacional son factores que influyen en la estabilidad de un régimen comunista. Más allá de la comparativa histórica, el estudio de las características de estos regímenes y su margen de respuesta nos hacen reflexionar sobre la capacidad de adaptación al devenir actual de los sistemas autoritarios y la viabilidad de permanencia de este modelo político en el contexto global del siglo XXI.

PALABRAS CLAVE

Reformas económicas y políticas, Gorbachov, Xiaoping, ideología, sistema autoritario, comunismo, socialismo, constructivismo, realismo estructural, descentralización, crisis, *perestroika*, *glasnost*, China, URSS, PCUS, PCCh.

ABSTRACT

In the last third of the 20th century, the Union of Soviet Socialist Republics and the People's Republic of China faced profound internal crises characterized by economic stagnation and the progressive loss of legitimacy in their respective single parties, in a constantly changing international context. Although both countries shared a communist ideological root and faced similar structural challenges, their reaction and the measures adopted made a difference. In the USSR, the immediacy of the political and economic reforms promoted by Gorbachev were the direct consequence of the system's eventual breakdown. In contrast, in China, under the leadership of Deng Xiaoping, a gradual transformation of the economy was undertaken, which made possible the modernization of the country without the Communist Party losing its authoritarian control.

A combined analysis of the events in both countries allows us to understand how political leadership, institutional structures, political legitimization mechanisms and international position are factors that influence the stability of a communist regime. Beyond the historical comparison, the study of the characteristics of these regimes and their margin of response make us reflect on the capacity of adaptation to the current evolution of authoritarian systems and the viability of permanence of this political model in the global context of the 21st century.

KEY WORDS

Economic and political reforms, Gorbachev, Xiaoping, ideology, authoritarian system, communism, socialism, constructivism, structural realism, decentralization, crisis, perestroika, glasnost, China, USSR, CPSU, CCP.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

EEUU: Estados Unidos

NKDV: Comisariado del Pueblo de la Unión Soviética para Asuntos Internos

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética

PCCh: Partido Comunista de China

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

ZEE: Zonas Económicas Especiales

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	8
1.1. FINALIDAD Y MOTIVOS	9
2. MARCO TEÓRICO	11
2.1. TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES APLICADA AL ANÁLISIS COMPARATIVO	11
2.2. CONCEPTOS CLAVE: COMUNISMO, SOCIALISMO Y SISTEMAS AUTORITARIOS.....	14
2.3. ENFOQUES TEÓRICOS SOBRE LA ESTABILIDAD Y EL CAMBIO EN REGÍMENES COMUNISTAS.....	17
3. ESTADO DE LA CUESTIÓN	20
3.1. ESTUDIOS PREVIOS SOBRE LAS REFORMAS EN LA UNIÓN SOVIÉTICA Y CHINA.....	20
3.2. MODELOS DE REFORMA POLÍTICA Y ECONÓMICA EN REGÍMENES COMUNISTAS.....	23
5. COMUNISMO EN LA UNIÓN SOVIÉTICA: GÉNESIS Y DESENLACE	30
5.1. CARACTERÍSTICAS DEL SISTEMA SOVIÉTICO Y CONTEXTO HISTÓRICO.....	30
5.2. CRISIS Y ESTANCAMIENTO: LA SITUACIÓN EN LA URSS ANTES DE LA <i>PERESTROIKA</i>	33
5.3. REFORMAS DE GORBACHOV: <i>PERESTROIKA</i> , <i>GLASNOST</i> Y EL CAMINO HACIA EL COLAPSO.....	36
5.4. FACTORES INTERNOS Y EXTERNOS EN LA CAÍDA DE LA URSS.....	38
6. REACCIÓN Y ADAPTACIÓN DE CHINA AL COLAPSO SOVIÉTICO	43
6.1. LECCIONES CHINAS DEL COLAPSO SOVIÉTICO: EL LIDERAZGO DE DENG XIAOPING.....	43
6.2. ESTRATEGIAS DE REFORMA ECONÓMICA EN CHINA: MODERNIZACIÓN Y APERTURA.....	46
6.3. MANTENIMIENTO DEL CONTROL POLÍTICO Y CONTINUIDAD DEL PARTIDO COMUNISTA	48
6.4. FACTORES CULTURALES Y SOCIALES EN LA ADAPTACIÓN CHINA.....	51
7. ANÁLISIS COMPARATIVO DE LAS REFORMAS Y ENFOQUES POLÍTICOS	53

7.1. ESTRATEGIAS DE TRANSFORMACIÓN ECONÓMICA EN LA URSS Y CHINA: GRADUALISMO, SIMULTANEIDAD Y SUS CONSECUENCIAS.....	53
7.2. DIVERGENCIAS EN EL EJERCICIO DEL PODER: LIDERAZGO, ORGANIZACIÓN PARTIDARIA Y ESTABILIDAD ENTRE LA URSS Y CHINA	56
7.3. ANÁLISIS DE LA LEGITIMIDAD DEL COMUNISMO EN EL CONTEXTO DE CADA PAÍS .	59
8. CONCLUSIONES.....	61
9. BIBLIOGRAFÍA.....	64

1. INTRODUCCIÓN

En el último tercio del siglo XX, el modelo comunista presente en algunos países se transformó de manera tan determinante que la política internacional quedaría condicionada en las décadas posteriores. La Unión Soviética, creada en 1922 como una unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (en adelante, URSS), colapsó en 1991, lo que supuso el desmantelamiento de esta superpotencia geopolítica y la caída estrepitosa del modelo ideológico comunista (Pizzonia Barrionuevo, 2018, p. 80). En concreto, el sistema del país lo sustentaban la planificación económica, el férreo control político y la exclusión de la pluralidad ideológica, elementos que provocaron un peligroso estancamiento económico y elevaron el descontento social. A esto se le sumó la incapacidad de implementar reformas efectivas y sostenidas, las tensiones y levantamientos nacionalistas, y la progresiva pérdida de legitimidad del Partido Comunista (Sánchez Sánchez, 1996, p.297-298).

Al mismo tiempo, en la República Popular China (en adelante, China), se emprendieron procesos de reforma económica, desde finales de los años setenta, liderados por Deng Xiaoping. Su implementación fue gradualista y pragmática a través de la introducción de mecanismos propios de economías de mercado, compatibles con el aparato político autoritario y con la hegemonía del Partido Comunista (Anguiano-Ugo Pipetone, 2014). Por tanto, sin renunciar al control político, en China se lograron canalizar las tensiones sociales inherentes a los desequilibrios económicos y transformar su modelo. Además, se abrieron las barreras al capital extranjero, se logró modernizar determinados sectores, como el agrícola o el industrial, y se crearon zonas económicas especiales favoreciendo un crecimiento sostenido que otorgó mayor legitimidad al régimen (Sornoza Parrales et al., 2018).

Si bien es cierto que las raíces ideológicas eran comunes, es decir, ambos regímenes se adhirieron al marxismo-leninismo, y sufrieron similares problemas estructurales, como el estancamiento económico o la ausencia de apoyo internacional; las respuestas dadas por cada uno de ellos fueron radicalmente distintas. Mientras que uno optó por una transformación simultánea y fragosa de sus bases políticas y económicas, en el otro se adoptó una reforma parcial y estratégica. El problema central para el análisis político contemporáneo reside en hallar los factores que llevaron al colapso de uno y permitieron la adaptación del otro.

Y, por encima del caso específico, la comparativa entre estos dos países invita a pensar acerca de la viabilidad del régimen comunista en el siglo XXI, considerando su capacidad de

adaptación a las condiciones mínimas que exige como modelo político para sobrevivir. Este trabajo, por tanto, puede ayudar en el esclarecimiento de este interrogante, al aportar la perspectiva comparada entre la URSS y China. No es posible entender su devenir como trayectorias aisladas, dado que ambos responden a procesos históricos, institucionales, ideológicos y estratégicos interconectados, debiendo analizarlos cuidadosamente con el fin de predecir el devenir del comunismo y su posible impacto en el orden internacional actual. Además, con la comparativa es posible explorar la capacidad de respuesta de los sistemas autoritarios a los desafíos internos y externos, generando un debate más amplio sobre la durabilidad en el poder de los sistemas con partidos únicos.

1.1. FINALIDAD Y MOTIVOS

Entender las razones que hicieron que las trayectorias de dos de los regímenes comunistas más emblemáticos del siglo XX, la Unión Soviética y China, divergieron es clave para comprender cómo funciona el panorama internacional. El colapso de la URSS y la supervivencia de China son dos caras de una misma moneda, adaptación o fracaso ante los desafíos económicos, políticos y sociales de este siglo.

Con el estudio de estos casos, es posible esclarecer cuáles son los mecanismos más eficaces a la hora de emprender una transformación política y económica en sistemas autoritarios. Sus implicaciones afectan directamente al mundo contemporáneo, en donde el legado comunista se sigue analizando en los debates acerca de modelos de desarrollo e, inclusive, presentándose como una alternativa al modelo dominante liberal-democrático occidental.

Además, mi interés académico por conocer las dinámicas de poder, comprender como funcionan las transiciones políticas y estudiar las estrategias de gobernanza en sistemas autoritarios, me ha llevado a profundizar en la historia de estos dos países. Con este análisis, al tiempo que comprenderé cuáles fueron los factores concretos que hicieron que los resultados fueran distintos en el devenir de la URSS y China, también contribuiré al mencionado debate académico acerca de la viabilidad de los regímenes comunistas.

En definitiva, la visión integral que aportará este trabajo, en relación con los procesos de reforma y adaptación de la URSS y China, con el consecuente análisis de las implicaciones políticas, económicas y sociales, ofrecerá nuevas perspectivas en el estudio de la estabilidad de los regímenes comunistas. En este sentido, se dará a conocer cómo las estrategias seguidas, el

contexto histórico concreto y los factores estructurales presentes influyen en el destino de un país.

2. MARCO TEÓRICO

2.1. TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES APLICADA AL ANÁLISIS COMPARATIVO

Con la finalidad de comprender los eventos históricos que han configurado las divergentes trayectorias que ha seguido el comunismo en la URSS y China, en el último periodo del siglo XX, es crucial analizar los principales modelos conceptuales dentro de la teoría de las Relaciones Internacionales. De este modo, es posible comprender la forma en la que las estructuras internacionales y las políticas internas repercuten en la estabilidad de un régimen e impulsan los procesos de cambio. Entre las teorías de las Relaciones Internacionales y siendo el objeto de análisis el colapso soviético y la adaptación china, destacan principalmente el realismo estructural y el constructivismo.

En primer lugar, nos detendremos en el realismo estructural desarrollado por Kenneth Waltz, también denominado neorealismo, que se fundamenta en la idea de que la anarquía rige en el sistema internacional, es decir, no existe una autoridad por encima de los estados que regule la relación entre estos (Jordán, 2022). Por tanto, los estados se comportan y actúan como actores racionales guiados por sus propios intereses, como pueden ser mantener el control de su soberanía o incrementar su seguridad. La forma en la que se estructura el sistema internacional, estando el poder distribuido entre los estados, es el factor que determinará el comportamiento de estos últimos y las estrategias a seguir (Pérez Caldentey, 1996, p.75).

En este sentido, la URSS, tomando como punto de partida su posición durante la Guerra Fría como superpotencia que encabezaba el bando opositor a Estados Unidos (en adelante, EEUU), priorizó la competición militar y estratégica. Para ello, dedicó múltiples esfuerzos a mantener su esfera de influencia en los países de Europa del Este, así como a expandir su ideología a través de una red de pactos, como el Pacto de Varsovia. Sin embargo, la URSS, al dar prioridad a la carrera armamentística, necesitó de grandes recursos e inversiones económicas, lo que debilitó su economía e incrementó las tensiones sociales y políticas internas (Sánchez Ortega, 2019, p.165-168). Todo ello culminó con su colapso en 1991, ante la falta de adaptación a un sistema internacional cambiante y su incapacidad de llevar a cabo reformas efectivas.

Por otro lado, bajo el liderazgo del presidente Deng Xiaoping, China optó por una estrategia más pragmática, dado que supo reconocer la necesidad de integrarse en la economía mundial ante las aparentes debilidades del modelo económico comunista (Mendoza, 2023). La

transformación gradual de China, en contraste con la ausencia de adaptación de la URSS, consistió en la combinación de elementos propios de una economía de mercado con elementos de control político centralizado (Waltz, 2001, p.230). Esto le permitió garantizar cierta estabilidad interna y fortalecer su posición internacional, sin tener que enfrentarse a los riesgos de una liberalización repentina. De esta forma, la estrategia de China, desde la óptica del realismo estructural, consistió en un ajuste a las nuevas condiciones estructurales del panorama internacional (Knorr, 1975, p.36); lo que le permitió lograr el objetivo de incrementar su poder relativo, al tiempo que no ponía en riesgo su seguridad.

En segundo lugar, otra teoría de las Relaciones Internacionales que contribuye al presente análisis es el constructivismo, aportando una visión distinta. Esta teoría centra su enfoque en el papel que juegan las ideas, normas y valores en la formación de las políticas internacionales. Esta perspectiva teórica sostiene que, a través de las interacciones sociales y de los discursos compartidos, los diferentes actores internacionales crean sus identidades y las percepciones del resto (Araya et al., 2007, p. 89-91). Por consiguiente, a través del constructivismo es posible entender cómo se vieron influenciadas las trayectorias de la URSS y de China por las identidades y las narrativas ideológicas.

En el caso de la URSS, en atención a su imagen de líder del comunismo mundial en el panorama internacional, tanto su política exterior como su compromiso se orientaron a la difusión de la ideología marxista-leninista. Esta identidad, caracterizada por la rigidez ideológica que guiaba sus actuaciones, supuso una limitación al dificultar su capacidad de adaptación a un mundo cambiante (Marcos-Marné, 2014, p.112). Bajo el liderazgo de Gorbachov, políticas como la *perestroika* y la *glasnost* tenían el objetivo de reducir las tensiones existentes, pero, al cuestionar la identidad soviética ya arraigada, terminaron contribuyendo al eventual colapso.

Por el contrario, China fue capaz de redefinir su identidad ideológica mediante la introducción del “socialismo con características chinas”, una combinación que permitió al Partido Comunista de China (en adelante, PCCh) adoptar elementos del modelo económico occidental, como la apertura al mercado global, manteniendo un control político centralizado (Aguilar Mariño, 2024). Además, gracias al constructivismo se puede entender cómo la percepción interna del liderazgo de Deng Xiaoping, caracterizado por el pragmatismo y la estabilidad que proyectaba su visión, facilitó la adopción de estas reformas.

La interacción de estas teorías facilita una comprensión más integral de la divergencia entre las trayectorias de la URSS y China a finales del S. XX. Al tiempo que el realismo estructural viene a explicar cómo las decisiones políticas de estos dos países se vieron condicionadas por la estructura internacional y la forma en la que estaba distribuido el poder entre los actores; el constructivismo, resalta la importancia de las ideas y las normas en la conformación de las identidades nacionales y la posterior definición de las estrategias a seguir (Becerra, 2013, p.109-111). La combinación del realismo estructural y el constructivismo permite constatar que, a pesar de que ambos países se encontraban ante similares condiciones en el panorama internacional, sus actuaciones estuvieron condicionadas tanto por la percepción que tenían de sí mismos como por la imagen que proyectaban hacia al exterior.

2.2.CONCEPTOS CLAVE: COMUNISMO, SOCIALISMO Y SISTEMAS AUTORITARIOS

Con el objetivo de analizar las rutas divergentes de los regímenes políticos de China y la URSS, a continuación, se expondrán una serie de conceptos clave para el presente estudio.

A lo largo de la historia contemporánea, el comunismo y el socialismo han sido conceptos de gran influencia en la configuración de sistemas autoritarios. Si bien es cierto, que ambos términos con frecuencia se utilizan de forma indistinta, sus orígenes, objetivos y principios son diferentes. Ambos marcos ideológicos, en el contexto de los sistemas autoritarios, han sido empleados como elementos justificadores de reformas políticas y económicas con el fin de reforzar el control estatal, y así consolidar el poder sobre la sociedad y la economía.

En primer lugar, de acuerdo con la definición de Karl Marx en “El manifiesto comunista”, el comunismo es la *“teoría política y económica que aboga por la abolición de la propiedad privada y la instauración de una sociedad sin clases”* (Marx & Engels, 1848). Por consiguiente, no existe la propiedad privada de los medios de producción, pasando a ser de propiedad colectiva y estando distribuidos en función de las necesidades de cada individuo. A través de la erradicación de las desigualdades económicas y sociales, se lograría el objetivo último del comunismo, es decir, el establecimiento de una organización social centrada en la cooperación y en el bienestar colectivo (Gaddis, 2005).

En cambio, el socialismo es una ideología que incluye una multitud de interpretaciones y aplicaciones, y es, por consiguiente, más amplia que el comunismo. A pesar de que ambas ideologías aspiran a lograr el objetivo común de erradicar las desigualdades económicas y sociales, el socialismo admite, bajo regulación estatal, cierto grado de propiedad privada, así como la existencia de mecanismos propios de una economía de mercado, aunque manteniendo la finalidad de garantizar la equidad y la justicia social (Bull, 2002). Asimismo, dentro de esta ideología existen diferentes variantes con características propias de otros regímenes políticos, incluyendo desde el socialismo democrático hasta el socialismo autoritario.

Como se ha venido advirtiendo, a lo largo de la historia, estas dos ideologías han sido instrumentalizadas en los sistemas autoritarios con el fin de implementar reformas radicales y así consolidar el poder estatal. Por un lado, el modelo comunista en la URSS, con el fin de lograr una rápida industrialización del país y la reducción de la influencia burguesa, se implementó mediante el establecimiento de una economía planificada y la colectivización agrícola (Waltz, 1979). Sin embargo, estas políticas sacaron a la luz la otra cara de la moneda

(las limitaciones del modelo comunista en la práctica) al generar graves crisis, tanto sociales como económicas, caracterizadas por hambrunas y revueltas sociales. Por otra parte, China optó por un enfoque similar con la inclusión de políticas comunistas, como fueron “el Gran Salto Adelante” y la “Revolución Cultural”, que tuvieron graves consecuencias, destacando la destrucción de parte del patrimonio del país y hambrunas generalizadas (Gaddis, 2005). Sin embargo, ante esta situación, el sucesor de Mao, Deng Xiaoping, implantó una serie de reformas económicas que combinaban factores propios de la economía de mercado con un control político centralizado, logrando la transición hacia lo que se conoce como “socialismo con características chinas” (Bull, 2002).

Las dinámicas del sistema internacional y las presiones externas también fomentan las reformas en sistemas autoritarios; no limitándose este impulso reformista únicamente a factores internos. Durante el periodo que abarcó la Guerra Fría, ambos países se vieron presionados por Occidente, iniciando una competencia, tanto económica como militar, que afectó a sus estrategias de reforma. De hecho, en el caso soviético, las medidas implementadas por Gorbachov, cuya intención era democratizar el sistema y modernizar la economía, fueron los dos principales desencadenantes del colapso y posterior desintegración de la URSS (Waltz, 1979).

El estudio del comunismo y del socialismo, en contextos autoritarios, pone de manifiesto su capacidad transformadora, al tiempo que sus limitaciones; resaltando el papel que juegan el liderazgo, la definición de estrategias coherentes y la capacidad de adaptación a las cambiantes dinámicas del sistema internacional.

Para terminar, es preciso explicar que los sistemas autoritarios son estructuras políticas que concentran el poder en un núcleo reducido de personas, donde no existe competencia política efectiva y cualquier libertad civil queda suprimida. Linz ha definido el autoritarismo como la existencia de un “pluralismo político limitado, sin una ideología elaborada, ni movilización política extensa, pero con un liderazgo con poder predecible y relativamente estable”. En comparación con los sistemas democráticos, en los autoritarios no existen mecanismos de rendición de cuentas, ni se alterna el poder, favoreciendo por tanto la instrumentalización de doctrinas ideológicas, como es el comunismo, que justifican la centralización del poder.

En el sistema político autoritario de la URSS, el Partido Comunista de la Unión Soviética (en adelante, PCUS), que era el partido único que gobernó desde 1917 hasta su disolución en 1991,

ocupaba el núcleo central del aparato estatal y desde el propio partido se controlaba el poder legislativo, el ejecutivo, el judicial, los medios de comunicación, e incluso, al propio ejército. En cuanto al pluralismo político, casi hasta el final de la URSS, fue inexistente y cualquier forma de disidencia fue perseguida sistemáticamente. Para legitimar todo el poder que ostentaba el PCUS se utilizó como herramienta la ideología marxista-leninista (Fitzpatrick, 1999). Si bien es cierto que este sistema perduró hasta el colapso de la URSS en 1991, durante la etapa de Jruschov (1953-1964) hubo cierta liberalización, y bajo el mandato de Brezhnev (1964-1982) existieron intentos reformistas, aunque no se produjeron reformas profundas.

Igualmente, el sistema autoritario estuvo presente en China desde su fundación en 1949. El PCCh fue el encargado de encajar las particularidades autoritarias dentro del concepto de “socialismo con características chinas”. En concreto, se estableció un partido único tecnocrático, un sofisticado aparato de represión y fue el creciente rendimiento económico la herramienta legitimadora (Shambaugh, 2008). Además, en este sistema, no cabía la competencia electoral, ni la libertad de prensa y expresión; manteniendo el PCCh un estricto control estatal. No obstante, en China, este sistema contaba con una gran capacidad de adaptación, lo cual garantizó su supervivencia.

2.3. ENFOQUES TEÓRICOS SOBRE LA ESTABILIDAD Y EL CAMBIO EN REGÍMENES COMUNISTAS

Numerosos teóricos, como Samuel Phillips Huntington en ciencia política, John Lewis Gaddis en relaciones internacionales, o Immanuel Wallerstein en sociología, han analizado tanto la estabilidad como el cambio en los regímenes comunistas. La persistencia o el colapso de estos sistemas se debe a una serie de factores que determinaron su futuro; de ahí la importancia de su análisis en este trabajo, con el fin de entender las rutas divergentes de la URSS y de China. Por consiguiente, los enfoques teóricos que se presentan a continuación arrojarán luz acerca de las decisiones y acontecimientos que afectaron a las trayectorias de estas dos potencias a finales del siglo XX.

En primer lugar, la teoría de la modernización viene a exponer la creciente presión a la que se enfrentan los regímenes comunistas cuando buscan impulsar cambios que modernicen sus economías y sociedades ante las presiones del panorama internacional. Esta perspectiva señala que el desarrollo económico, el incremento del nivel educativo y la urbanización, son factores clave para lograr una ciudadanía informada, cuyas exigencias políticas incluyen una mayor participación y el reconocimiento de derechos individuales (Inglehart & Welzel, 2005). En la URSS, el ansia por parte del estado de introducir modernizaciones económicas no estuvo acompañada de las reformas políticas necesarias y, por consiguiente, solo produjo un mayor estancamiento económico que agravó las tensiones internas (Brown, 2007). Por el contrario, Deng Xiapoing y sus reformas económicas, iniciadas en la década de 1980, lograron mantener la estructura autoritaria del PCCh, al tiempo que mejoraron los niveles de vida y redujeron las tensiones sociales (Naughton, 2007).

En segundo lugar, un enfoque institucionalista, centrado principalmente en el papel que juegan las instituciones, tanto políticas como económicas, nos permite analizar la estabilidad de los regímenes comunistas. De acuerdo con esta teoría, aquellos sistemas comunistas que cuentan con instituciones flexibles y con capacidad de adaptación, tienen una mayor probabilidad de supervivencia en situaciones de crisis internas y externas. Esto quedó reflejado en el modelo "autoritario adaptativo" de China, el cual permitió la introducción de cambios en la economía y en la sociedad china, al tiempo que el PCCh mantenía el control y su legitimidad (Heilmann, 2008). En cambio, dada la rigidez y centralización extrema que caracterizaba a las instituciones políticas de la URSS, su sistema no pudo hacer frente a los desafíos que produjeron las reformas, como ocurrió con la *perestroika* (Kotkin, 2001).

En tercer lugar, cabe destacar la importancia de los factores externos, siendo la teoría de la dependencia la que explica cómo influyen las relaciones económicas y políticas internacionales en la estabilidad de los regímenes comunistas. Por un lado, debido a que la economía China se abrió al comercio internacional e impulsó la inversión extranjera, logró una posición destacada en la economía global, y esto le permitió enfrentar algunas limitaciones estructurales propias de su sistema comunista (Shirk, 2007). Sin embargo, las medidas adoptadas por la URSS en su aspiración por ser una gran potencia mundial, entre las que encontraba apostar por la carrera armamentística, fuera de lograr su objetivo, trajeron consigo sanciones económicas impuestas por Occidente. Su ambición debilitó aún más su economía, produciéndose escasez de recursos, y dificultando su capacidad para competir, en términos de innovación tecnológica y bienestar social, con los países capitalistas (Gaddis, 2005).

En cuarto lugar, desde un enfoque cultural, cabe resaltar el papel que juegan los valores, las creencias y las tradiciones históricas en la estabilidad de un régimen comunista. Los factores culturales influyen tanto en la relación entre el Estado y la sociedad, condicionando la aceptación de nuevas políticas gubernamentales, como en la cohesión social y en su adaptación ante desafíos. En el caso chino, dada la longeva tradición confuciana centrada en la obediencia a la autoridad y la imagen del Estado como principal responsable de mantener el orden social, el PCCh no enfrentó mayor problema en el mantenimiento de su legitimidad (Bell, 2015). En cambio, ante la ausencia de una identidad nacional cohesionada en la URSS y la existencia de continuas tensiones étnicas y regionales producidas por la diversidad social del territorio, el sistema político soviético no contó con los apoyos necesarios y se produjo un debilitamiento de este (Suny, 1993).

En quinto lugar, como se ha venido advirtiendo, el elemento esencial para que un régimen pueda gobernar y mantener el poder es su legitimidad, medida por el nivel de aceptación y apoyo que lo sustenta. Esta teoría basada en la legitimidad se centra en valorar las estrategias que emplean los líderes con la finalidad de justificar su autoridad, incluyendo entre otras el uso de la ideología, la propaganda y los resultados de las medidas económicas. Sobre esta cuestión, es preciso señalar que la URSS y China no siguieron el mismo modelo en aras a lograr la legitimidad necesaria para sus respectivos gobiernos comunistas; sus diferentes enfoques condicionarían la estabilidad y la permanencia de sus sistemas políticos. Por un lado, observamos que el fracaso de las medidas económicas de la URSS, sumado la brecha entre la ideología comunista y la realidad, hicieron que los líderes perdieran gran parte de su

legitimidad (Hosking, 2001). Por otro lado, nos encontramos con el enfoque pragmático de China que utilizó como fuente de legitimidad su crecimiento económico, lo que permitió a sus líderes consolidar la confianza de la sociedad en ellos, a pesar de la ausencia de reformas democráticas (Saich, 2011).

Finalmente, es necesario indicar que otro factor que condiciona la estabilidad y la evolución de los regímenes comunistas es la relación entre las élites gobernantes. Como en estos regímenes el poder se concentra en la estructura del partido-Estado, el sistema se puede desestabilizar fácilmente si escalan los enfrentamientos entre facciones reformistas y conservadoras dentro del partido. En el PCUS, las divisiones entre estas dos facciones enfrentadas obstaculizaron en gran medida la introducción de reformas durante el gobierno de Gorbachov, produciendo una debilitación del sistema desde dentro (Brown, 2007). En cambio, durante el gobierno de Deng Xiaoping, las élites del partido lograron alcanzar un consenso ante la urgencia de reformas económicas (Vogel, 2011).

Una vez expuestos estos enfoques teóricos, es posible apreciar que ninguno puede por sí solo explicar el porqué del colapso o la estabilidad de un régimen comunista. De hecho, sólo mediante la interacción de todos estos factores, tanto internos y externos como institucionales y culturales, es posible determinar el destino de un régimen. Como hemos visto, el colapso soviético es el resultado de instituciones rígidas, divisiones internas y presiones externas; a diferencia de lo ocurrido en China, en donde el equilibrio entre las reformas económicas, un centralizado control político y su capacidad de adaptación, lograron que el sistema subsistiese a las circunstancias cambiantes (McFaul, 1995).

3. ESTADO DE LA CUESTIÓN

3.1. ESTUDIOS PREVIOS SOBRE LAS REFORMAS EN LA UNIÓN SOVIÉTICA Y CHINA

En la última década del siglo XX, tanto la URSS como China, implementaron una serie de reformas ante la necesidad de adaptar y modernizar sus economías planificadas al panorama internacional en constante cambio. Numerosos factores influyeron en la introducción de estas medidas, como son la globalización económica, el crecimiento de las economías de países occidentales o la presión de instituciones internacionales, entre las que se encontraba el Fondo Monetario Internacional, los cuales incentivaron a los líderes de estos países a fortalecer su posición global y así evitar un posible estancamiento económico. No obstante, las reformas implementadas en ambos países y sus consiguientes resultados fueron el reflejo del contexto histórico, las estructuras políticas y los objetivos de cada país.

En la URSS, durante la década de 1980 y bajo el liderazgo de Mijaíl Serguéyevich Gorbachov, se inició un ambicioso programa de reformas centradas en dos elementos clave: la reestructuración del sistema económico soviético (*perestroika*) y la búsqueda de una mayor transparencia y democratización (*glasnost*) (Brown, 1996).

La introducción de la reforma económica denominada *perestroika* tenía como objetivo la descentralización de la preexistente planificación central, así como la adopción de elementos propios de las economías de mercado: se permitió una mayor autonomía a las empresas estatales en la toma de decisiones, se legalizó la creación de pequeñas empresas privadas en sectores como el agrícola que incentivaron la competencia, se adoptaron mecanismos como la creación de *joint ventures* que permitían la inversión extranjera y se introdujeron sistemas de autogestión para fomentar la participación de los trabajadores en la toma de decisiones, entre otras (Kotkin, 2001).

Asimismo, con el objetivo de lograr una mayor transparencia gubernamental se introdujo la *glasnost*, una reforma que incluía la reducción de las restricciones que tenían impuestas los medios de comunicación y un mayor incentivo a que los ciudadanos participasen en asuntos públicos mediante: nuevos debates abiertos en el Soviet Supremo y otros órganos representativos, cambios en el sistema electoral, y permitiendo en algunos niveles gubernamentales la elección de candidaturas independientes. El fin era fomentar el debate público y revisar las políticas previas (Gaidar, 1999).

Cabe señalar que, durante el liderazgo de Gorbachov, en el Producto Interior Bruto de la Unión Soviética la agricultura representaba un 20% aproximadamente y la industria un 22% (Nove, 1992). Al ser dos de los sectores con mayor peso dentro de la economía soviética, el plan de reformas incluyó esfuerzos para reestructurarlos con la finalidad de mejorar la distribución de recursos y lograr una mayor eficiencia en la producción. Las propuestas abarcaban nuevas políticas públicas que permitiesen mayor autonomía a las repúblicas soviéticas, teniendo en cuenta la distribución territorial del momento y la centralización del poder estatal, así como la realización de cambios en la administración pública (Suny, 1993).

En contraste con los cambios soviéticos, Deng Xiaoping impulsó, a partir de 1978, una serie de reformas bajo el título "Reforma y Apertura" (改革开放), con el objetivo de modernizar gradualmente la economía china a través de mecanismos de mercado, aunque manteniendo el control estatal (Vogel, 2011). En concreto, se introdujeron medidas en el sector agrícola como la creación de un Sistema de Responsabilidad Familiar, el cual autorizaba a los agricultores a vender en el mercado su excedente productivo, una vez se hubiese cumplido con las cuotas exigidas por el Estado. Con ello, no sólo se aseguraban el cumplimiento con el deber estatal, sino que se mejoraría la eficiencia y se lograría abastecer a la población en constante crecimiento (Naughton, 2007). Asimismo, ciertas regiones estratégicas pasaron a ser Zonas Económicas Especiales (ZEE), lo cual les permitía gozar de incentivos regulatorios y fiscales, impulsores del desarrollo industrial y atractivos para la inversión extranjera.

En lo que concierne al sector industrial, las reformas incluyeron la reestructuración de las empresas estatales y la creación de empresas privadas y mixtas, aumentando la competitividad empresarial gracias a la diversificación de la propiedad. También, con la finalidad de estimular la inversión y facilitar el acceso al capital se implementaron beneficiosas políticas fiscales. Sin embargo, se pudo constatar que el objetivo principal de fomentar el desarrollo económico no se lograría hasta que no se crease un entorno favorable, por lo que los esfuerzos de los gobernantes chinos se centraron en modernizar el sector educativo, mejorar la infraestructura nacional e impulsar la transferencia tecnológica (Yao, 2013).

En general, las reformas chinas se caracterizaron por ser gradualistas y experimentales, ya que primero se aplicaron en regiones concretas, más propicias a aceptar los cambios y obtener resultados favorables, antes de aplicarse a nivel nacional; logrando así ciertos márgenes para evaluar su efectividad, y permitiendo ciertas modificaciones en función de sus resultados (Fewsmith, 2001). Además, dado que la economía se encontraba en un periodo de transición,

el gobierno chino buscó garantizar un equilibrio entre la oferta y la demanda de empleo, a través de políticas encargadas de regular el mercado laboral. En concreto, se implementaron programas de formación laboral, ejemplo de ello son los Planes de Reentrenamiento de Trabajadores Estatales o el Programa de Educación Técnica y Vocacional (Pei, 2006).

3.2. MODELOS DE REFORMA POLÍTICA Y ECONÓMICA EN REGÍMENES COMUNISTAS

A lo largo de la historia, los regímenes comunistas se han tenido que adaptar a las demandas internas y a las circunstancias cambiantes del panorama internacional, sin perder los principios fundamentales del marxismo-leninismo. Con el fin de garantizar la continuidad del régimen, lograr su estabilidad, incrementar la eficacia productiva y legitimar el poder del partido único, se han desarrollado diferentes modelos de reforma política y económica. Estas reformas han abarcado un espectro muy amplio, desde estrategias centradas en un control centralizado hasta aperturas parciales, dependiendo de las condiciones propias de cada uno de los estados.

En el orden político, los diferentes modelos de reforma adoptados por los regímenes comunistas han fluctuado entre la apertura limitada a una mayor participación y el refuerzo del control por parte del estado, siempre dentro de los límites marcados por el partido.

Por un lado, el modelo de apertura controlada ha sido ampliamente utilizado por estos regímenes al permitir, dentro del marco autoritario, cierta liberalización política. Los mecanismos de participación introducidos varían desde la ampliación de los espacios de debate público hasta permitir la celebración de elecciones locales; aunque procurando no cuestionar nunca la legitimidad del partido comunista, por lo que se acompañan de herramientas que controlan la disidencia y limitan la alternancia del poder (Brown, 2009). Este modelo es propio de países como China que, durante el liderazgo de Deng Xiaoping, llevaron a cabo reformas como la promoción de elecciones locales limitadas para legitimar su régimen, sin cuestionar la autoridad central.

Otra reforma política propia de este modelo consiste en la descentralización administrativa, es decir, dentro de la estructura del régimen se opta por delegar una mayor autonomía a unidades administrativas menores, con el fin de mantener la influencia y mejorar la gestión pública. Asimismo, al descentralizar el control, aunque se trate de una parte limitada, se logra mayor flexibilidad cuando el poder central implementa nuevas políticas (White, 2010). Esta reforma ha dado resultados favorables en las economías planificadas, ya que las unidades administrativas menores son capaces de centrarse en las necesidades locales sin irrumpir o distorsionar la visión nacional del partido.

Del mismo modo, dentro de las reformas políticas, la cooptación de sectores sociales es una estrategia utilizada por los regímenes para modernizar su gestión y disminuir las tensiones

internas. Esta consiste en integrar a tecnócratas, empresarios y miembros de la sociedad civil dentro de las estructuras del gobierno y del partido, ya sea mediante la concesión de puestos de trabajo u otros otorgamientos, lo que permite que se lleven a cabo políticas más pragmáticas y adaptadas a las necesidades económicas del momento (McAuley, 1992).

Por el contrario, otros regímenes han optado por modelos que endurecen la posición ideológica comunista, focalizando sus esfuerzos en centralizar más el poder y en la restricción de la participación política, al creer que cualquier concesión puede provocar la erosión del sistema. Algunos regímenes han optado por el endurecimiento ideológico, reforzando la ideología comunista, centralizando aún más el poder y restringiendo la participación política, bajo la convicción de que cualquier concesión podría llevar a la erosión del sistema (Hough, 1997). Este modelo se pudo observar durante los últimos años del liderazgo de Gorbachov, donde a pesar de la implementación de reformas ante un panorama internacional cambiante, el partido comunista mantuvo una rigurosa retórica y se reprimieron movimientos independentistas dentro del país. Estas medidas restrictivas, impuestas ante el temor de que el sistema colapsase, van acompañadas de la limitación de las libertades políticas, haciendo evidente la tensión que se puede producir entre la apertura y el control del estado.

En el orden económico, las reformas implantadas por los regímenes comunistas han buscado incrementar la eficiencia y lograr un mayor crecimiento, al tiempo que se mantiene el control sobre ciertos sectores estratégicos. Uno de los modelos predominantes es la economía planificada con incentivos de mercado, es decir, se introducen una serie de herramientas propias de las economías de mercado, como la autonomía de las empresas, la flexibilidad en la asignación de recursos o la competencia limitada, dentro de la planificación estatal (Naughton, 2018). Ejemplo de este modelo fueron las reformas que Deng Xiaoping introdujo durante el Tercer Pleno del XI Comité Central del Partido Comunista Chino en 1978, dando origen a la “economía socialista de mercado”

Otra reforma que busca adaptarse a los cambios internacionales es la creación de ZEE, que se abren a la inversión extranjera y sus modelos de gestión están conformados por prácticas capitalistas (Vogel, 2011). La constitución de ZEE no comprometía la economía nacional y fue un factor fundamental del rápido crecimiento de la economía china.

Asimismo, una apertura gradual del comercio, es decir, integrarse en el comercio global de forma controlada, es una medida que permite obtener tecnología y abastecerse de capital

extranjero, al tiempo que se protege las empresas e industrias locales a través de la implementación de políticas arancelarias o subsidios estratégicos (Perkins, 2015). Esta estrategia formó parte del modelo de la “economía socialista de mercado”.

En cambio, otros regímenes comunistas siguieron un modelo de economía planificada centralizada, teniendo el estado el control de todos los aspectos productivos y distributivos. En concreto, esto se lleva a cabo a través de planes de producción y consumo, la conservación de la propiedad industrial, agrícola y de servicio por el Estado, y la fijación de precios. Este modelo fue seguido por la URSS desde su consolidación, bajo los lideratos de Lenin y Stalin hasta casi su colapso. Sin embargo, con las reformas de Gorbachov, la URSS intentó adoptar una economía socialista con elementos de mercado parciales, si bien es cierto que falló.

En general, la eficacia de estos modelos de reformas está condicionada por factores tanto internos como externos, como son la estabilidad política, la predisposición de los líderes a implementar nuevos cambios y la capacidad estatal de gestionar los cambios que traen consigo las reformas (Brzezinski, 1990). Además, una característica que se observa en la mayoría de estos regímenes es la búsqueda de reformas que, a la vez que logren adaptarse a un entorno cambiante, también consigan mantener el dominio del partido único.

En el entorno internacional, cabe destacar otros casos distintos al chino o al soviético, ya que existen otros regímenes comunistas como los de Vietnam, Cuba, Corea del Norte y Laos, que han implementado una serie de reformas políticas y económicas con la finalidad de garantizar su supervivencia.

En primer lugar, en Vietnam se implementó en 1986 lo denominado como *Đổi Mới* (*Renovación*), que consistía en una serie de reformas económicas cuyo objetivo era pasar de una economía planificada y centralizada, a una economía de mercado con tintes socialistas. Con ello, se lograba la liberalización del comercio, la apertura de las fronteras a inversiones extranjeras, y se introducían derechos de propiedad privada, aunque limitados. El gobierno de este país mantuvo en todo momento un enfoque pragmático y gradualista, es decir, mantenía el control político por medio del Partido Comunista al tiempo que conseguía mayor eficiencia económica en un clima de competencia. El resultado en Vietnam fue favorable, obteniendo un crecimiento económico continuado, una minoración de las tasas de pobreza y logrando la integración en la economía mundial (Campos Peña, 2022). De hecho, la transición de este país fue notable, pasando de ser considerado en 1990 uno de los países más pobres, al contar con

un PIB per cápita de \$98, a tener un PIB per cápita superiora \$1.000 en 2010, y ser categorizado como un país de renta media baja (OXFAM, 2010).

En cambio, en Cuba, la óptica adoptada ha sido más cautelosa y controlada, en lo que a sus reformas económicas concierne. Desde la crisis del “*Período Especial*” en 1990, el gobierno se ha visto obligado a permitir la inversión extranjera (aunque de forma limitada), a fomentar el turismo extranjero, y a permitir el establecimiento de cooperativas o pequeños negocios de carácter privado, siempre en sectores no estratégicos de menos trascendencia. En 2011, bajo el liderazgo de Raúl Castro, el modelo económico se reactualizó con la finalidad de modernizar el sistema socialista; aunque con precaución, porque no se quería comprometer el control que poseía el Estado sobre los sectores estratégicos. En general, estas reformas se caracterizan por ser lentas y sectoriales, siendo sus resultados económicos modestos e insuficientes en su objetivo de hacer frente a los profundos problemas estructurales.

Por otra parte, las reformas económicas implementadas en Corea del Norte son limitadas y discretas, si bien es cierto que la información que tiene el entorno internacional al respecto es escasa. Desde el gobierno de Kim Il Sung en la década de los sesenta, la política ha seguido el *byung jin*, es decir, la búsqueda del equilibrio entre el fortalecimiento del ejército y el desarrollo económico, lo cual ha mantenido su nieto Kim Jong Un. En 2010, se introdujeron en el sector agrícola y en el comercio elementos propios del mercado, aunque manteniendo el control estatal sobre los mismos. Por tanto, dada la naturaleza centralizada y autoritaria del gobierno, no ha tenido cabida la liberalización económica, ni tampoco la apertura al comercio internacional, por las sanciones y el aislamiento económico al que se enfrenta en el ámbito mundial.

Por último, las reformas económicas en Laos se iniciaron en 1986 con el nombre de *Chintanakan Mai* (Nuevo Pensamiento), siendo similares a las vietnamitas. El gobierno laosiano, de manera gradual, fue introduciendo herramientas propias de economías de mercado, permitió la liberalización de ciertos sectores económicos como la agricultura o la industria, y abrió sus fronteras para que entrara capital extranjero, pero siempre bajo la supervisión del Partido Revolucionario Popular Lao. Debido a estas medidas, se redujo la pobreza y mejoraron sus indicadores económicos, como el PIB per cápita que pasó de 1.967 USD en el año 2000 a 8.234 USD en 2021 (ICEX, 2021). Sin embargo, este país sigue dependiendo de las ayudas internacionales y del capital extranjero invertido en él. A pesar de que su capacidad de equilibrar el mantenimiento del control político con la apertura económica ha impulsado su

desarrollo, sigue enfrentando desafíos en lo que a su gobernabilidad y sostenibilidad económica se refiere.

Estas experiencias arrojan información muy valiosa sobre la variedad de rutas que pueden seguir los regímenes comunistas ante el propósito de modernizar sus economías, a la vez que mantienen el monopolio del poder en el gobierno. Al tiempo que Vietnam y Laos se asemejan al enfoque gradualista chino, debido a que combinan la apertura económica con mantener el control político; el régimen cubano busca preservar el modelo comunista, mediante reformas cautelosas y controladas. Corea del Norte, por su parte, ha venido priorizando la autosuficiencia y el control estatal, no pudiendo ser comparada con ningún otro régimen.

4. PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN E HIPÓTESIS

4.1. PREGUNTAS

1. ¿Cómo influyeron las decisiones de liderazgo y las estrategias de reforma adoptadas por el PCUS y el PCCh, respectivamente, en la evolución divergente de sus respectivos regímenes comunistas?
2. ¿En qué medida las estructuras institucionales y los mecanismos de legitimación política condicionaron la capacidad de ambos partidos para sobrevivir ante las crisis internas y externas?
3. ¿Cómo el contexto internacional a finales del siglo XX influyó en las diferentes trayectorias de la URSS y China?
4. ¿De qué forma la interacción entre factores ideacionales y materiales posibilitan la explicación del colapso soviético y la continuidad del régimen chino?

4.2. HIPÓTESIS

La finalidad de esta investigación es comprobar si las rutas divergentes de la URSS y China frente a los desafíos de final del siglo XX se pueden entender como una combinación de factores estructurales, ideacionales e institucionales, y si fue la interacción de esos factores lo que condicionó la capacidad de resiliencia o vulnerabilidad de estos regímenes.

Primera Hipótesis: Las decisiones de los líderes de la URSS y de China, así como las estrategias que siguieron en sus reformas, jugaron un papel clave en el futuro de ambos países. En otras palabras, la metodología que siguieron en la implementación de las reformas influyó de forma directa en la estabilidad política y la cohesión de las instituciones en el poder.

Segunda Hipótesis: Otros elementos que marcaron la diferencia fueron las distintas estructuras en las que se organizaron cada uno de los aparatos estatales y los mecanismos que utilizaron el PCUS y el PCCh para legitimar su poder. Ambos elementos incidieron en la capacidad de respuesta de los líderes frente a las crisis, las tensiones nacionales y el descontento social.

Tercera Hipótesis: En el contexto internacional, en concreto, las tensiones ideológicas, la competencia económica por acceder al mercado global, las ansias de convertirse en

superpotencias y las aspiraciones territoriales, contribuyeron a la caída del régimen soviético y a sentar nuevas bases en el sistema chino.

5. COMUNISMO EN LA UNIÓN SOVIÉTICA: GÉNESIS Y DESENLACE

5.1. CARACTERÍSTICAS DEL SISTEMA SOVIÉTICO Y CONTEXTO HISTÓRICO

El régimen soviético, fruto de la Revolución de Octubre de 1917, se caracterizó principalmente por mantener una estructura fuertemente centralizada, un control estricto sobre la sociedad y una economía dirigida por el PCUS. Otro elemento representativo fueron las múltiples transformaciones que experimentó durante su existencia, siendo las de mayor envergadura las realizadas al mando de líderes, como Stalin, Jrushchov, Brezhnev y Gorbachov; que llevarían al país a su colapso en 1991.

En primer lugar, y como se ha señalado, una de las particularidades del sistema soviético era la centralización del poder. Desde sus comienzos en 1898 como “Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia”, el PCUS fue el único partido legalmente autorizado, teniendo el control absoluto del Estado. Se trataba de una estructura vertical dirigida por el Politburó, el principal órgano de decisión dentro del partido, y con el Secretario General como el máximo dirigente y Jefe del Estado de la URSS (Brown, 2009). En 1936, esta centralización se formalizó en el art. 14 de su Constitución, la cual establecía que el PCUS era la “*fuera dirigente de la sociedad*” (Smith, 2014). Esta acumulación de poder tenía un lado positivo al permitir la rápida implementación de políticas; pero, a su vez, impedía el pluralismo y la participación política de otras fuerzas. Al carecer de mecanismos de *check and balance* y no existir un balance de poder, el entorno político devino autoritario y rígido.

Otro elemento característico de la economía soviética era la planificación centralizada, a cuyo frente se encontraba el *Gosplan* (Comité Estatal de Planificación), que era el organismo encargado de la planificación económica centralizada y, por ende, de llevar a cabo los planes quinquenales. La finalidad de estos planes era cumplir con una serie de objetivos concretos referentes a la producción agrícola e industrial, cuyos resultados buscaban maximizar y legitimar el control estatal (Nove, 1989). Sin embargo, es preciso tener en cuenta que, si bien los antecedentes de industrialización forzada en la URSS impulsaron su entrada en el orden internacional como una potencia industrial, sus costes humanos y sociales fueron de gran envergadura. De hecho, las políticas de Stalin, referentes a la colectivización agraria durante la década de 1930, impactaron gravemente en el campesinado, con fuertes hambrunas, como la ucraniana conocida como “Holodomor” (Applebaum, 2019) y represiones contra los kulaks (Conquest, 1986). Por tanto, como se ha visto, aunque la economía planificada permitía

disponer de recursos para destinarlos a proyectos industriales y militares, pecaba de carecer, en el largo plazo, de eficiencia y flexibilidad.

En consonancia con lo anterior, otro elemento central del sistema fue la represión y el constante control de la sociedad. Se sirvieron de medios como la censura, la fiscalización de todos los servicios de seguridad y de la gran mayoría de medios de producción. Asimismo, se constituyeron el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética [AA1] (NKDV), como departamento gubernamental y, posteriormente en 1954, el Comité para la Seguridad del Estado, con el fin de erradicar a la disidencia, al tiempo que se mantenía el control interno (Fitzpatrick, 1999). Del mismo modo, durante el mandato de Stalin se crearon campos de trabajo forzado bajo el nombre de Gulags, ilustrando la brutalidad de este régimen (Applebaum, 2003). Las cifras apuntan a que aproximadamente 900.000 personas fueron enviadas a estos campos por razones políticas o económicas, *“atrapadas en una «espesa nube de inconsciencia, de dolor, de esa oscuridad del no ser», como escribió uno de los prisioneros”* (Sengling, 2024).

A este clima de represión y obediencia, se suma el papel que jugó la propaganda, en la que se empleaba un discurso de “realismo socialista”, con el objetivo de glorificar tanto al PCUS como a sus líderes. Además, al contar con el control de los medios, los afines al régimen tenían la capacidad de censurar cualquier crítica al sistema y lograr que la narrativa propagada fuese uniforme y beneficiosa para sus fines (Hosking, 2001). También, el PCUS buscó educar a la población desde la infancia, extendiendo el control al sistema educativo y creando organizaciones juveniles, como el Komsomol o los Pioneros, a los que se les encargó adoctrinar, siguiendo los valores tradicionales comunistas, a las nuevas generaciones (Suny, 1998).

En términos generales, la ideología marxista-leninista fue el pilar central en el sistema soviético, debido a un riguroso adoctrinamiento que apostaba por la creación del “hombre soviético”, una figura que ensalzaba los ideales comunistas y una fuerte lealtad al Partido (Gleason, 1990). Además, el sistema educativo se focalizó también en fomentar estos ideales, rechazando el aspecto religioso al considerarlo el “opio del pueblo” (Lenin, 1909). Este enfoque ideológico, caracterizado por un fuerte control estatal de los principales medios de producción y por la centralización de una economía planificada, se presentó como una “dictadura del proletariado” con el PCUS al frente, y sirvió como justificación de aquellas acciones de cuestionada moralidad que buscaban mantener la cohesión interna (Service, 2009).

En términos de política exterior, la URSS adoptó una actitud expansionista y de confrontación, condicionada también por el estallido de la Guerra Fría. Ejemplo de ello fueron, tanto la firma en 1955 del Pacto de Varsovia, con el fin de que los países del Este cooperasen militarmente, como el apoyo económico y militar a movimientos revolucionarios, como el “Tercer Mundo” (Zubok, 2007). Tras la intervención en Checoslovaquia en 1968, se formuló la Doctrina Brezhnev que venía a justificar todo movimiento o injerencia en los países socialistas que buscase proteger el sistema comunista (Judt, 2005). Además, en todo momento se dio prioridad a la seguridad y a la protección del poder que ostentaba el PCUS, con estrategias como la carrera armamentística y la inversión en tecnología nuclear (Gaddis, 2005). Por tanto, es evidente que la política exterior de la URSS se centró en expandir el socialismo y su influencia por el mundo; al tiempo que reducía la influencia norteamericana en el escenario de la confrontación bipolar.

Después de analizar la actuación del régimen soviético, tanto a nivel interno como de política exterior, resulta obvio que no se pueda entender este sistema sin analizar el contexto histórico en el que surgió. Tanto la intervención rusa en la Primera Guerra Mundial como el estallido de la Guerra Civil Rusa (1918-1921), produjeron la devastación del país y crearon un vacío de poder que fue aprovechado por los bolcheviques para hacerse con este (Pipes, 1990). Posteriormente, la Segunda Guerra Mundial también fue crucial para Rusia, porque a pesar de devastar su economía, logró la legitimación del régimen comunista de Stalin, al vencer al nazismo y aumentar el núcleo de influencia soviética en los países de Europa del Este (Roberts, 2006). No obstante, la Guerra Fría trajo consigo una confrontación bipolar indirecta entre la URSS, al frente del bloque comunista, y EEUU, liderando el bloque capitalista, que duró hasta 1991. Las tensiones se fueron exacerbando al estar constantemente compitiendo en términos ideológicos y militares; reflejo de ello fueron las intervenciones en la crisis de los misiles en Cuba en 1962 y la participación en Afganistán (1979), acelerando así las contradicciones internas que llevaron al colapso del sistema soviético (Westad, 2005).

5.2. CRISIS Y ESTANCAMIENTO: LA SITUACIÓN EN LA URSS ANTES DE LA *PERESTROIKA*

A lo largo de la década de 1970 y principios de la siguiente, el periodo que vivió la URSS es recordado como la *zastoy* (época del estancamiento), debido a que el país sufrió una profunda crisis que comenzó siendo económica y se extendió a los ámbitos político y social. Durante este periodo de inercia institucional y rigidez ideológica, la legitimidad que ostentaba el PCUS se fue erosionando progresivamente; siendo el motivo por el que se impulsaron reformas radicales a partir de 1985 por Mijaíl Serguéyevich Gorbachov (Brown, 2009). Sin embargo, no fue el único detonante, ya que a ello se suman la ineficiencia de la economía planificada y el aumento del descontento social.

Una de las causas principales de la crisis del régimen soviético fue el estancamiento económico, dado que la planificación centralizada y su preferencia por la industria pesada, comenzaron a evidenciar signos de desgaste. Por un lado, el país no era capaz de implementar la diversificación productiva, ni de adaptarse a las nuevas demandas tecnológicas, quedando la mayor parte de su inmovilizado obsoleto y limitando su crecimiento económico. Por otra parte, la rigidez de los objetivos de los planes quinquenales, introducidos por Stalin y dirigidos por el *Gosplan*, fomentaron prácticas ineficientes, con resultados como la acumulación innecesaria de inventario y un exceso de producción de bienes no demandados (Naughton, 2018). Todo ello evidencia la ausencia de incentivos para la innovación y mejorar la productividad; siendo esta estructura económica parte de un sistema incapaz de hacer frente a la competencia que presentaban otras economías en mercados occidentales (Kotkin, 2014).

Además, esta situación se vio agravada por una excesiva dependencia de las exportaciones de petróleo y gas, cuyos beneficios eran utilizados para financiar el gasto militar y los subsidios a países del bloque soviético (Gaidar, 2007). Prueba de ello es que el 60% de las exportaciones totales que realizaba el país eran de petróleo (Treisman, 2011). Sin embargo, con la caída a principios de los años 80 del precio del petróleo, las finanzas soviéticas se vieron devastadas, exponiendo la vulnerabilidad de una economía que no había conseguido diversificarse. Asimismo, a pesar del énfasis de la economía planificada en el sector agrícola, que representaba entre un 25-30% de sus inversiones totales durante los años 70 (Ellman & Kontorovich, 1998), no se logró la eficiencia, ni salir del déficit crónico. De hecho, en 1981, la producción de cereales solo aumentó un 18%, pese a que se invirtieron 33.000 millones de dólares en el sector (Millar, 1987). Las limitaciones estructurales del modelo soviético, la ausencia de incentivos a

los agricultores y la excesiva burocratización, resultan evidentes cuando es necesario importar grano de otros países (Service, 2009), para satisfacer la demanda interna y hacer frente a la escasez de alimentos.

El estancamiento económico repercutió directamente en la sociedad soviética, aumentando el descontento social y reduciendo la legitimidad que poseía el PCUS. Al existir escasez de productos de primera necesidad, y al no ofrecer aquellos que se producían una calidad adecuada, se crearon mercados paralelos con prácticas especulativas (*speculyatsiya*) (Fitzpatrick, 2000). Debido a que el sistema no era capaz de satisfacer las necesidades más básicas de sus ciudadanos, se fue extendiendo la percepción de que el socialismo soviético era un intento fallido. Además, como consecuencia de lo anterior, los salarios se fueron estancando y la brecha de igualdad entre la *nomenklatura* (la élite privilegiada del PCUS) y la población de a pie se hizo más evidente, y esto fomentó la apatía y el cinismo (Suny, 1993). Por este motivo, entre 1970 y 1980, aumentaron las tasas de alcoholismo, duplicándose el consumo per cápita de alcohol (Gertie, 2020), así como el absentismo laboral, ante el desencanto y la falta de incentivos entre la población.

A ambas crisis, económica y social, se le sumó la parálisis en el espectro político, porque la gerontocracia soviética, a cuyo frente se encontraban líderes envejecidos como el secretario general del Comité Central del Partido Comunista Leonid Brézhnev o Yuri Andrópov, fueron incapaces de introducir las reformas necesarias (Galeotti, 2018). En general, los dirigentes buscaban mantener el control del poder y cierta estabilidad en el régimen; por lo que se perpetuaron las prácticas autoritarias previas, como la censura o la persecución y represión de la oposición. Un sistema inmóvil se fue consolidando ante la ausencia de renovaciones en los cuadros dirigentes y la falta de mecanismos efectivos que garantizaran la participación política o el debate público (Hough, 1997).

Por último, el resurgimiento de tensiones nacionalistas entre las repúblicas soviéticas que pertenecían a la URSS, debido a anexiones, pactos y conquistas militares que comenzaron tras la Revolución Bolchevique de 1917, fue un factor que también agravó la crisis. Estas repúblicas, descontentas con el dominio y control que se venía ejerciendo desde Moscú, fueron progresivamente demandando mayor autonomía, así como el respecto a sus singularidades culturales y lingüísticas. El PCUS no fue capaz de abordar estas exigencias eficazmente, revelando las limitaciones existentes en el centralismo soviético y manifestando la fragilidad del Estado multinacional que habían creado (Suny, 1993). El descontento de las diversas

nacionalidades que formaban la URSS (especialmente en las Repúblicas Bálticas desde el Pacto Mólotov-Ribbentrop, por el que fueron anexionadas, Georgia y Armenia y Azerbaiyá por el conflicto por Nagorno-Karabaj), evidenciaron la incapacidad del sistema de gestionar la diversidad multicultural de forma pacífica, sin necesidad de represión.

No obstante, hubo algunos intentos menores de reforma con anterioridad a Gorbachov, como las campañas anticorrupción y de disciplina laboral (Bayón, 1983) promovidas por Yuri Vladímirovich Andrópov; aunque sin lograr los resultados esperados. Ya fuera a consecuencia de la corta duración de los mandatos de Andrópov y Konstantín Ustínovich Chernenko, desde 1982 hasta 1985, o por la resistencia que ejercía la burocracia partidaria, los cambios estructurales fueron insignificantes (Service, 2009). En atención a lo anterior, tanto la población como los principales círculos intelectuales coincidieron en que el sistema soviético no era capaz de reformarse desde dentro; cuestionando de nuevo la viabilidad del socialismo soviético (Brown, 2009).

5.3. REFORMAS DE GORBACHOV: *PERESTROIKA*, *GLASNOST* Y EL CAMINO HACIA EL COLAPSO

Tras el fallecimiento de Chernenko en marzo de 1985, Gorbachov, licenciado en derecho, tomó el control del PCUS, durante un periodo de crisis económica y estancamiento político en la URSS. Su ascenso al poder impulsó un cambio generacional debido a que era más joven que sus predecesores y a su visión reformista. La carrera política de Gorbachov empezó dentro del propio aparato del partido, siendo en 1980 elegido miembro del Politburó del Comité Central y destacó por su cercanía a Yuri Andrópov; siendo él quien lo impulsó a que se decantase por una posición de liderazgo (Brown, 2007). Gorbachov fue elegido Secretario General del Comité Central del PCUS tras la muerte en 1984 de Andrópov y el breve mandato de Chernenko en 1985 y, tres años después, fue nombrado Presidente del Presidium del Soviet Supremo, que era un órgano colegiado con funciones legislativas cuando el Sóviet Supremo no estaba reunido.

La administración de Gorbachov, siendo consciente de la necesidad de reformar el sistema soviético, entre 1985 y 1990, puso especial énfasis en modernizar la obsoleta economía y devolver el control político al PCUS (Kotkin, 2001). Las dos reformas principales, que marcaron un punto de inflexión en la trayectoria de la URSS, fueron la *perestroika* (reestructuración) y la *glasnost* (apertura), teniendo ambas la finalidad de revitalizar el sistema.

Por un lado, el programa reformista de Gorbachov se centró en una política de reestructuración económica, denominada *perestroika*, cuya finalidad era flexibilizar y descentralizar la planificación estatal, aunque manteniendo el control el PCUS. Estas reformas buscaban dar a las empresas una mayor autonomía en la toma de decisiones, mejorar su eficiencia productiva y otorgarles más independencia en la comercialización de bienes (Naughton, 2018); debido a que con la promulgación de la Ley de Empresas del Estado de 1987, la gran mayoría eran propiedad estatal bajo el control del *Gosplan* y debían cumplir cuotas de producción fijadas en los planes quinquenales (Sánchez, 1996). No obstante, los resultados obtenidos no fueron lo esperado, dado que la base del sistema económico soviético estaba diseñada para actuar dentro de los umbrales de la planificación estatal y, por consiguiente, la introducción simultánea de mecanismos de mercado provocó un vacío que llevó a desajustes severos. Al estar muchas empresas sustentadas artificialmente por el Estado, cuando se encontraron sin una dirección que seguir, su producción cayó y con ello su capacidad de abastecer con bienes básicos a la población (Ellman & Kontorovich, 1998). Además, se aprobó la Ley de Cooperativas de 1988

que vino a legalizar numerosas cooperativas y permitir pequeños negocios privados; surgiendo un mercado paralelo que disparó la especulación y aumentó la inflación (Sakwa, 1990).

Por otra parte, el gobierno de Gorbachov promovió una política de apertura, la *glasnost*, cuya finalidad era fomentar la transparencia y permitir la libertad de expresión, aunque con ciertas limitaciones. Si bien en un principio se pretendía reducir la corrupción y dar pie a un debate público acerca de los problemas que enfrentaba el país, así como fomentar la participación ciudadana y, de esta forma, fortalecer el socialismo, sus efectos fueron opuestos. A medida que se permitía mayor libertad de prensa y se reducía la lista de asuntos censurados, como la Guerra de Afganistán o el desastre de Chernóbil, entre otros, crecían las críticas en contra del PCUS y su legitimidad. A través de la exposición de los errores que sus líderes habían venido cometiendo, como los crímenes de Stalin o los fracasos de la planificación económica, la confianza en el sistema se debilitó aún más (Hosking, 2001). De hecho, la cohesión de la estructura política, conseguida mediante la represión y el control informativo, empezó a fragmentarse y, con ello, la legitimidad del liderazgo de Gorbachov (Fitzpatrick, 2019).

Asimismo, es preciso indicar que Gorbachov buscó democratizar el sistema soviético, aunque sin desmantelarlo por completo. En 1989, se creó por primera vez en la historia soviética el Congreso de Diputados del Pueblo, un órgano legislativo que permitía parcialmente la competencia electoral. Si bien es cierto que el PCUS se aseguraba la mayoría de los escaños, otros candidatos reformistas, como Borís Nikoláievich Yeltsin, entraron en el espectro político con un apoyo significativo que reflejaba el descontento con el partido dominante (Brown, 1997).

No obstante, las demandas de cambio se intensificaron, llevando a la eliminación del artículo 6 de la Constitución soviética en marzo de 1990 (Suny, 1998). Este artículo rezaba que “*la fuerza dirigente y orientadora de la sociedad soviética y el núcleo de su sistema político (...) es el PCUS*”. Por tanto, su derogación, a la vez que buscaba estabilizar la situación, permitía la existencia de otros partidos políticos. Sin embargo, dio lugar a una crisis de autoridad porque el PCUS perdió su papel central en favor de otros líderes de repúblicas soviéticas (Kotkin, 2001). De esta forma, Gorbachov se quedó atrapado entre dos frentes: por un lado, los reformistas que demandaban transformaciones inmediatas y, por el otro, los conservadores con una postura reacia y amenazante ante los cambios.

5.4. FACTORES INTERNOS Y EXTERNOS EN LA CAÍDA DE LA URSS

A pesar de que en 1985 Gorbachov llegó al poder con la intención de reformar el sistema soviético al tiempo que mantenía sus bases socialistas, sus políticas no lograron los resultados esperados y expusieron los principales fallos en la economía y gobernanza soviética.

Por una parte, la *perestroika* desarticuló el sistema productivo tradicional con la introducción de mecanismos de mercado en la economía planificada, sin ofrecer una alternativa factible. La economía, que ya estaba hundida en una profunda crisis desde los años 70, empeoró al incrementar la escasez de alimentos, la inflación y al producirse un descenso significativo en las condiciones de vida (Sánchez Sánchez, 1996).

Por otra parte, las reformas políticas dieron paso a las críticas abiertas al sistema, revelando las ineficiencias del gobierno y la corrupción del aparato burocrático. La *glasnost*, en vez de reforzar la confianza de la población, alimentó la oposición y debilitó la legitimidad del PCUS. La inestabilidad de la posición de Gorbachov era cada vez mayor en 1990 y el auge de movimientos opositores terminó por debilitar el control central del Kremlin. En este momento, un exfuncionario del PCUS, Borís Yeltsin, entró en la escena política presentándose como la alternativa al sistema, y fue elegido, mediante elecciones directas, Presidente de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) en junio de 1991, al obtener un 57% de los votos (Ruiz-Healy, 2018). Su campaña destacó por abogar por la ruptura con el pasado comunista y ser la oposición de Gorbachov, así como por trasladar el poder, que hasta ese momento estaba concentrado en el Kremlin y en el Gobierno Central Soviético de Moscú, hacia el gobierno de la RSFSR.

Pero, el golpe final no llegó hasta que, en agosto de 1991, un grupo de altos funcionarios conservadores formado por una combinación de miembros del PCUS, de la KGB (Comité para la Seguridad del Estado), y del Ejército, dieron un golpe de Estado con la intención de derrocar a Gorbachov. Al tiempo que Gorbachov fue arrestado en su domicilio de Crimea, los golpistas intentaron tomar el poder en Moscú. Sin embargo, fallaron en su misión debido a la resistencia que opusieron Yeltsin y sus partidarios desde la Casa Blanca rusa, al contar con el apoyo de la población y parte del Ejército. Esta derrota consolidó el poder de Yeltsin, quien adoptó medidas decisivas en los meses siguientes, como la ilegalización del PCUS o la posterior firma de los Acuerdos de Belavezha, en los que se discutiría el destino de este Estado multinacional.

Sin embargo, la crisis en la economía soviética se venía arrastrando desde los años 70, antes de la llegada del liderazgo de Gorbachov; aunque, con sus políticas, el declive fue inevitable. Por un lado, la planificación central sacó a la luz las deficiencias del *Gosplan*, produciendo un estancamiento prolongado porque las industrias que lo sustentaban no eran capaces de producir bienes de calidad, por lo que no lograban posicionarse en el mercado global y competir con otros países occidentales. Por otro lado, la gran dependencia de la URSS de la exportación de materias primas, como el petróleo y el gas, y la subsiguiente caída de los precios de estos bienes en los años 80, fue lo que propició que sus ingresos se vieran drásticamente minorados (Sánchez Sánchez, 1996).

Asimismo, la inclusión de forma azarosa de una serie de reformas propias de economías de mercado, al tiempo que el Estado retiraba una multitud de subsidios, hizo que la incertidumbre entre la población se incrementase desmesuradamente y que muchas empresas se declarasen en bancarrota. Ejemplo de ello fue lo ocurrido en la industria textil, cuyo funcionamiento dependía en gran medida del financiamiento estatal y, al no percibir parte de esta financiación, muchas fábricas textiles cerraron y dejaron a miles de trabajadores sin empleo (Seitz, 2021).

En esta línea, otro factor que agravó la situación económica fue la obsesión del régimen por aumentar el gasto militar con la finalidad de competir con EEUU. La Guerra Fría dio lugar a una carrera armamentística, así como a la intervención en conflictos bélicos activos con el objetivo de ganar zonas de influencia. Esto provocó que una multitud de recursos de sectores clave, que de otro modo se hubieran destinado al desarrollo interno, se agotaran, e impidió mejoras en la calidad de vida de los soviéticos.

Cabe hacer especial referencia a las repercusiones de la intervención soviética en Afganistán, lo que afectó directamente a la estabilidad del sistema soviético y cuyos costes tuvieron implicaciones políticas y sociales. Al inicio, parecía una operación aparentemente breve que buscaba apoyar al gobierno comunista afgano ante la insurgencia muyahidín; sin embargo, acabó convirtiéndose en una guerra enquistada, impopular y de grandes costes, comúnmente denominada como el “Vietnam soviético”. El presupuesto estatal destinado superó los 50.000 millones de dólares y el desgaste humano supuso el envío de 600.000 soldados; perdiendo mano de obra interior y dejando a numerosas familias sin ingresos (Sánchez Sánchez, 1996). Esta guerra agravó la crisis económica interna debido a su elevado coste y a la necesidad de desviar fondos desde aquellos sectores más productivos; generando esta acción un gran descontento social. Y, en el ámbito internacional, la guerra supuso el aislamiento diplomático

de la URSS, agudizando las tensiones con occidente, al imponer sanciones, y siendo boicoteada en los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980.

Se generalizó una percepción de fracaso entre la población, que generó una pérdida de legitimidad del régimen ante su incapacidad de justificar la intervención. Todo ello hizo aún más evidente la fragilidad soviética en comparación con EEUU, en un momento de la Guerra Fría en el que se estaban redefiniendo los términos económicos y tecnológicos. Además, este evento apresuró la pérdida de legitimidad y credibilidad del PCUS.

Todos los factores que desencadenaron la caída de la URSS se fueron entrelazando durante este periodo. Al tiempo que las economías occidentales modernizaron y digitalizaron sus industrias, los soviéticos trabajaban en un modelo industrial anticuado. Tanto los obstáculos burocráticos a la modernización de las fábricas como la falta de incentivos para la innovación llevaron a que los productos manufacturados fueran de poca calidad y la productividad de los trabajadores también. Ante esta situación, en 1989, se aumentó la deuda externa a 60.000 millones de dólares (Sánchez Sánchez, 1996), procedente en su mayoría de las importaciones de cereales y armamento; esto no fue más que el reflejo de la incapacidad soviética de solventar la crisis.

No sólo la URSS afrontaba un periodo de dificultad, también sus aliados en el Pacto de Varsovia resultaron afectados, habiendo adoptado la mayoría la decisión de liberalizar sus mercados. Estas medidas tuvieron como resultado la pérdida de socios comerciales claves para Moscú; agravándose la ya preocupante escasez de alimentos y bienes de primera necesidad.

Por otra parte, el deterioro económico y las reformas implementadas por Gorbachov trajeron consigo el descontento de la sociedad soviética, que se incrementó a finales de los años 80. La falta de recursos básicos y la aparición de un mercado secundario clandestino actuaron como indicadores de que el poder adquisitivo de los ciudadanos se había reducido significativamente, repercutiendo de forma negativa en servicios fundamentales como la salud, la vivienda o la educación. El colapso del sistema de bienestar social que tanto había promovido el régimen era inevitable (Sánchez Sánchez, 1996), causando la erosión de la confianza en el gobierno al mando y en el propio sistema socialista. Las huelgas y las protestas fueron constantes en este periodo, siendo un claro síntoma del descontento social. En concreto, cabe hacer una especial mención a la huelga de los mineros del carbón en 1989 en Kuzbás y el Donetsk, puesto que, históricamente, esta industria había sido clave para el régimen socialista. Los bajos salarios, las

precarias condiciones laborales y la corrupción burocrática provocaron el estallido de los mineros, que exigieron cambios significativos y desafiaron abiertamente el régimen.

A su vez, en el Cáucaso y las Repúblicas Bálticas, numerosas manifestaciones bajo reivindicaciones nacionalistas exigieron mayor autonomía, e incluso la independencia, aprovechando el debilitamiento que el control del Kremlin experimentaba sobre las regiones de la periferia (Caretti, 2022).

A tenor de lo anterior, es preciso analizar el resurgimiento del sentimiento nacionalista entre las distintas repúblicas soviéticas. La URSS era un Estado multinacional formado por quince repúblicas, que había logrado mantener la unidad desde el gobierno central de Moscú mediante estrategias represivas que sofocaban intentos de independencia (Kivanc, 2022). No obstante, al debilitarse el control político, resurgieron estos movimientos y ganaron fuerza. En concreto, las repúblicas bálticas (Lituania, Letonia y Estonia, anexionadas en 1940), Ucrania y Georgia destacaron por ello. De hecho, entre 1990 y 1991 numerosas repúblicas lograron la independencia, siguiendo el ejemplo de Lituania que lo logró en marzo de 1990.

A medida que la crisis política se agudizaba, una serie de conflictos interétnicos en las zonas del Cáucaso y Asia Central estallaron. Por un lado, la disputa por Nagorno-Karabaj entre Armenia y Azerbaiyán desencadenó una guerra. En la región de Transnistria en Moldavia, los ruso hablantes se rebelaron en contra del gobierno central. Por otro lado, en Asia Central, la lucha entre las comunidades locales y la minoría rusa era una constante, generando continuas fuentes de inestabilidad.

Ante esta situación, Gorbachov volvió a intentar salvar a la URSS a través de un Nuevo Tratado de la Unión o Tratado de la Unión de Repúblicas Soberanas, que estaba previsto firmarlo el 20 de agosto de 1991, con el objetivo de crear una federación descentralizada con mayor flexibilidad. Sin embargo, no fue aceptado mayoritariamente por las repúblicas, y el subsiguiente golpe de Estado de 1991 terminó de desestabilizar al gobierno central.

Si bien es cierto que fueron mayoritariamente los factores internos los que llevaron a la caída de la URSS, una serie de presiones externas contribuyeron a ello. La competencia constante con EEUU durante la Guerra Fría, tanto en tecnología armamentística como en mantener su poderío e influencia, dejaron entrever su incapacidad de competir con el mundo capitalista.

Al mismo tiempo, las estrategias económicas, tecnológicas y diplomáticas de Ronald Reagan, entre las que se encontraban la Iniciativa de Defensa Estratégica y los embargos tecnológicos, y las medidas tomadas por George H.W. Bush, agravaron la delicada situación soviética.

A finales de los 80, la presión financiera llevó a Gorbachov a cambiar de estrategia y a adoptar una posición de distensión con Occidente. Esto lo llevo a cabo mediante la firma de tratados de desarme como el INF en 1987, que eliminaba los misiles de alcance medio, o el START en 1991, que reducía los arsenales nucleares. A su vez, Gorbachov optó por una política de “no intervención” en Europa del Este, marcando un punto de inflexión en la relación con sus aliados. Por una parte, en Alemania se abrió en el verano de 1989 la frontera entre Hungría y Austria y, ese mismo año, cayó el Muro de Berlín, simbolizando el colapso del régimen comunista en este país. Por otra parte, al haber caído los gobiernos comunistas en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Rumania, al no contar con el apoyo militar soviético de Gorbachov, que otros líderes les habían brindado, el Pacto de Varsovia no encontró una nueva razón de ser. Por tanto, la URSS perdió su zona de influencia en Europa Oriental, quedando aislada en el entorno internacional al no tener el apoyo de aliados estratégicos.

Todos estos factores fueron reduciendo el poder del PCUS, así como la pérdida de liderazgo de Gorbachov, resultando inevitable la caída de la URSS. En diciembre de 1991, los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia se reunieron y firmaron los Acuerdos de Belavezha, mediante los que se declaraba la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y se establecía la Comunidad de Estados Independientes.

Por último, el 25 de diciembre de ese mismo año, Gorbachov dimitió y fue el último Presidente de la URSS, marcando definitivamente el colapso del sistema comunista en Eurasia.

6. REACCIÓN Y ADAPTACIÓN DE CHINA AL COLAPSO SOVIÉTICO

6.1. LECCIONES CHINAS DEL COLAPSO SOVIÉTICO: EL LIDERAZGO DE DENG XIAOPING

La desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1991 fue un momento crítico que cuestionaba la estabilidad del resto de regímenes comunistas del mundo, especialmente en la República Popular de China.

Si bien es cierto que no fue percibido como un fracaso del modelo político entre los líderes del PCCh, estos optaron por implementar medidas urgentes ante la alerta rusa. En este escenario, Deng Xiapoing [AA2] se presentó como el líder encargado de orientar las políticas chinas hacia las reformas necesarias que evitarían caer en el colapso soviético. Xiapoing, al tiempo que evitó cometer los mismos errores que Gorbachov, también afianzó un nuevo modelo, centrado en lograr un equilibrio entre la apertura económica y el mantenimiento del autoritarismo político. Esta estrategia, fruto de un profundo análisis de la caída soviética, buscaba la supervivencia del comunismo en el país y convertir a China en una potencia mundialmente reconocida (Vogel, 2011).

Deng Xiapoing consideró que la desintegración rusa era el resultado de una serie de errores interconectados. Entre ellos, el más trascendental a su parecer fue la progresiva pérdida del control político que ostentaba el PCUS. El *glasnost* fue reflejo de la apertura política rusa, pero se implementó sin contar con una base económica sólida. Por consiguiente, la crisis de autoridad del partido fue inevitable, así como el resurgimiento de nacionalismos y movimientos opositores cuyas demandas pronto culminarían con la fragmentación del Estado.

De conformidad con numerosos análisis chinos, la reforma soviética erosionó directamente la legitimidad del discurso ideológico que promovía el PCUS, fomentó la crítica interna y abierta al liderazgo que se estaba llevando a cabo, y destruyó paulatinamente las bases que sustentaban el sistema socialista soviético en sí. Por este motivo, Xiapoing, precavida e inteligentemente, comenzó sus reformas reforzando y consolidando la legitimidad de las instituciones inherentes al PCCh; con la mentalidad de que *“si el partido cae, todo el país se hunde con él”* (Brown, 2012).

En contraste con la estrategia de Gorbachov, centrada en lograr cambios económicos (*perestroika*) y políticos (*glasnost*) simultáneos; las reformas de Xiapoing adoptaron un ritmo secuencial, con progresivas transformaciones controladas, y buscando la utilidad a largo plazo

antes que resultados inmediatos, siendo capaces de adaptarse ante los desafíos. El líder chino, regido por el lema de “buscar la verdad desde los hechos”, con sus medidas no pretendió alterar el modelo autoritario que seguía el régimen, sino, más bien, lograr su subsistencia con la liberalización económica.

Entre las reformas de carácter económico, se buscó incrementar la producción agrícola con la introducción de un “sistema de contrato de responsabilidad familiar”, el establecimiento de ZEE, y la captación de capital extranjero a través de inversiones; a la vez que el PCCh planificaba cuidadosamente el desarrollo urbano e industrial (Naughton, 2007).

El caso soviético también demostró que la cohesión interna del partido gobernante es fundamental para que el sistema sobreviva. Las continuas tensiones entre los altos cargos del PCUS y la pérdida de una dirección clara, fueron algunas de las causas que contribuyeron a su disolución en 1991 y, dado que la estructura estatal se sustentaba sobre este pilar, la arrastró consigo. Ante este desenlace, la estrategia que adoptó el liderazgo chino se focalizó en evitar este colapso institucional. Para ello, el PCCh quiso asegurarse de que tenía el control, es decir, reforzó su autoridad en la administración, su dominio de los medios de comunicación y afianzó el aparato represivo. Reflejo de ello fueron las acciones preventivas que adoptó el gobierno ante las protestas de Tiananmen en 1989; evitando que la disidencia alcanzase la legitimidad que obtuvo en la URSS (Zhao, 2004; Brzezinski, 1997).

En lo que respecta al plano económico, la URSS pasó de un modelo hiper burocrático, en el que el *Gosplan* tenía el control central de la producción y los incentivos a la productividad eran inexistentes, a la *perestroika*, que buscaba la descentralización administrativa y la introducción de elementos propios de una economía de mercado. Esta transición fue repentina y se caracterizó por la abrupta implantación de reformas sin considerar previamente los posibles efectos. Sin embargo, Xiapoing optó porque la transformación china fuera paulatina, avanzando hacia una economía mixta, pero experimentando previamente en determinadas regiones. La intención de estas pruebas era evitar la adopción de medidas drásticas sin medir su impacto y así reducir los costes sociales, al tiempo que se legitimaba la transición (Sánchez Sánchez, 1996).

Como se ha advertido, el propósito principal chino era la implantación de una economía de mercado en un país de ideología comunista. Sin embargo, Xiaoping era consciente de que las reformas económicas no podían confundirse con la preservación de su ideología, es decir, las

medidas debían desacoplar estos dos aspectos a través de la adopción de una postura flexible. Su famosa frase *“no importa si el gato es blanco o negro, mientras cace ratones”*, refleja su punto de vista pragmático. El líder chino aspiraba a mantener el discurso socialista, como fin último legitimador del sistema; sin embargo, a la vez permitió el establecimiento de empresas privadas, cierta acumulación de riqueza y la captación de inversiones extranjeras (Vogel, 2011). En cambio, el PCUS se mantuvo en todo momento aferrado a los dogmas marxistas-leninistas, incluso ante las inminentes señales de que su modelo político-económico podría colapsar.

Por último, Xiapoing empleó el relato nacionalista chino para unificar a la sociedad, haciendo referencia al siglo pasado como el “siglo de humillación”, y divulgando que, bajo su liderazgo como vicepresidente del PCCh y presidente de la Comisión Militar Central del PCCh y del Estado, se produciría el “renacimiento económico del país”. Este enfoque ayudó a implementar las reformas económicas, al funcionar como una herramienta cohesionadora (Callahan, 2010). En cambio, en la URSS, esto no fue posible dada la diversidad étnica, consecuencia directa de la multitud de territorios que conformaban el Estado, y la consiguiente permisibilidad en las primeras reivindicaciones de carácter racial. De hecho, la gestión soviética del nacionalismo fue un factor que contribuyó a su colapso.

6.2. ESTRATEGIAS DE REFORMA ECONÓMICA EN CHINA: MODERNIZACIÓN Y APERTURA

A partir de 1978, Deng Xiaoping implementó una serie de medidas centradas en la “reforma y apertura” de la economía china, cuyo fin residía en modernizar el país, al tiempo que el PCCh mantenía el control político. Con la muerte de Mao Zedong en 1976, la economía del país se estancó a consecuencia de los bajos niveles de productividad y la ausencia de innovación tecnológica. La pretensión de Xiaoping al consolidar su liderazgo era efectuar una reforma del modelo socialista tradicional en aras a lograr el desarrollo esperado. Con este modelo se buscaba que la transición fuese gradual y secuencial, priorizando el establecimiento de una economía de mercado que, a su vez, mantuviera la estabilidad política y un crecimiento económico duradero, antes de considerar cambios de carácter político (Vogel, 2011; Naughton, 2007).

Tras la celebración del Tercer Pleno del XI Comité Central del PCCh en diciembre de 1978, se iniciaron un conjunto de políticas sobre la base de las “Cuatro Modernizaciones”. Este concepto fue revitalizado por Xiaoping; sin embargo, esta idea surgió en 1964 durante el liderazgo de Zhou Enlai. Estas reformas consistían en modernizar cuatro sectores estratégicos: la agricultura, la industria, la defensa nacional y la ciencia (Vogel, 2011).

En primer lugar, en el sector agrícola se estableció un sistema de responsabilidad familiar (en chino: 包产到户, *baochan daohu*), dejando atrás el modelo de comunas colectivas maoísta. Esta medida autorizaba a los campesinos a cultivar mediante contratos a largo plazo, en parcelas individuales de propiedad colectiva, y permitía la posterior venta de los excedentes en mercados libres, siempre que hubiesen pagado previamente la cuota estatal. Con esta medida, al tiempo que aumentaba la productividad agrícola, se mejoraban las condiciones de vida campesinas; reflejándose estos beneficios también en los sectores industriales emergentes que recibían mano de obra del campo (Naughton, 2007).

En segundo lugar, en la costa sur de China se establecieron ZEE, que eran regiones escogidas por sus características costeras que facilitaban las rutas comerciales; se hizo a modo de prueba antes de implementarlo en el resto del país. Esto marcó un hito en lo que a la apertura económica se refiere, ya que su objetivo era atraer inversión extranjera directa (IED) mediante la oferta de incentivos fiscales (exenciones fiscales), comerciales (reducción de aranceles) y laborales. También, las ZEE buscaban modernizar la industria china puesto que, al concentrar

recursos, talento e inversión, promovían la innovación y el desarrollo tecnológico avanzado (Naughton, 2007; Lin, 2012). Gracias a su establecimiento, se pudieron ensayar mecanismos de mercado en zonas concretas, sin poner en peligro el control político, ni atentar contra la estabilidad del sistema.

El tercer pilar de las reformas de Xiaoping consistió en descentralizar la toma de decisiones económicas, es decir, conceder mayor autonomía empresarial y provincial. Se trató del establecimiento de una serie de criterios de eficiencia y rentabilidad a seguir, pero se dejaba que las decisiones para cumplirlos fueran discrecionales, lo que se tradujo en la aparición de un entorno más competitivo. También, se consintió la aparición del sector privado, particularmente en zonas rurales donde se crearon las “empresas de pueblo y aldea”, llegando a su reconocimiento legal en los años noventa (Saich, 2011).

A su vez, en el sector industrial se implementaron mecanismos propios de economías de mercado, aunque se mantuvo cierto control estatal. Al tiempo que las empresas fijaban los precios, recogían beneficios y establecían sus propios incentivos salariales, surgieron corporaciones mixtas con participación tanto estatal como privada. Todo ello favoreció la competitividad y la eficacia, impulsando al país a convertirse en un importante exportador a nivel global (Chow, 2007). Aunque, es cierto que no quedó exento de desafíos debido a que los niveles de corrupción crecieron, así como las desigualdades entre determinadas regiones (Fewsmith, 2008).

Todas estas transformaciones impulsadas por Deng Xiaoping se articularon bajo el concepto de “socialismo con características chinas”. Una fórmula que pretendía lograr la coexistencia entre los elementos de las economías de mercado y la planificación estatal. Por un lado, se reconocieron ciertos derechos de propiedad, se profesionalizó el aparato burocrático y se favoreció la estabilidad económica, al consolidarse mecanismos regulatorios que no comprometían la legitimidad del PCCh. De hecho, el PIB del país creció a partir de 1978 y se redujo la pobreza notablemente, aproximadamente 800 millones de personas salieron de esta situación (Naughton, 2007; Lin, 2012). Sin embargo, por otro lado, las diferencias territoriales, las consecuencias medioambientales y el aumento de la corrupción pasaron a ser nuevos retos que el país debía afrontar (Breslin, 2013).

6.3. MANTENIMIENTO DEL CONTROL POLÍTICO Y CONTINUIDAD DEL PARTIDO COMUNISTA

El PCCh no sólo logró su supervivencia ante la desintegración de la URSS en 1991, sino que también consiguió consolidar su poder al adaptarse a los desafíos internos y externos. De hecho, gracias al enfoque pragmático de Xiaoping, el PCCh se consolidó como un “garante de estabilidad y cohesión nacional” (Naughton, 2007); evitando que la desintegración rusa fuese una amenaza para el aparato estatal chino.

Entre los pilares que permitieron al PCCh preservar el control político se encuentra el cambio en la orientación del discurso ideológico históricamente enraizado, que evolucionó desde la dogmática ortodoxa centrada en realzar los principios marxistas-leninistas a una ideología capaz de equilibrar el pragmatismo económico con un sentimiento nacionalista renovado, aunque sin abandonar la narrativa socialista.

El PCCh se erigió como núcleo central encargado de impulsar el desarrollo de la nación, así como de garantizar la unidad de la patria. Sin embargo, para ello fueron necesarios mecanismos institucionales que aseguraran el control vertical del PCCh sobre los cuatro sectores estratégicos del país: la administración, el sistema judicial, los medios de comunicación y el ejército (Shambaugh, 2008).

Cabe destacar que el PCCh mantuvo una estructura jerárquica en todo momento, teniendo el Comité Central y el Politburó un estricto control de los niveles inferiores, tanto regionales como locales. En concreto, con el objetivo de conservar el poder, se puso el enfoque en asegurar la disciplina interna y la obediencia a las instancias superiores. Asimismo, se implementaron una serie de campañas de rectificación y anticorrupción, con la intención de reafirmar el control central sobre las bases y que sirviese como mecanismo de depuración política, además de responder a fines étnicos.

Todo ello no hubiera sido posible sin la existencia de una red institucional completamente entrelaza con la estructura partidista que logró que todos y cada uno de los niveles administrativos acataran las directrices del PCCh, siendo éste el eje vertebrador. Al estar el PCCh y el Estado fusionados, el primero contaba con una mayor capacidad de influir en todos los aspectos de la vida pública, siendo, por tanto, su modelo de gobernanza autoritario (Brødsgaard, 2012).

Otro pilar que jugó un papel fundamental que garantizó la continuidad del PCCh fue la autoridad directa que ejercía sobre el aparato militar. La Comisión Militar Central, como órgano representante del partido, garantizó que éste controlase el Ejército Popular de Liberación y evitó que respondiera ante el Estado. Se trataba de una subordinación tanto simbólica como institucional, debiendo guardar lealtad, y existiendo mecanismos de promoción interna relacionados con la fidelidad a los líderes y el compromiso ideológico con el partido. Por tanto, este ejército cumplía con una doble función de defensa nacional y control político-social. A modo de ejemplo, cabe mencionar el papel del ejército, como instrumento de control político, en la sensible región del Tíbet durante los aniversarios del levantamiento de 1959 (Zhao, 1998).

En esta línea, el PCCh también desarrolló otros mecanismos de control social, además del control ejercido por el ejército. El propósito era prevenir cualquier movimiento político independiente que atentase contra la estabilidad del régimen, por lo que se utilizaron tecnologías de vigilancia, se establecieron redes de control entre vecinos, y se censuraron aquellas comunicaciones que no siguieran la línea ideológica que el partido promocionaba. Sin embargo, en un inicio se barajó la posibilidad de tolerar una mayor libertad política, pero a raíz de protestas como las de Tiananmen en 1989, se demostró que las consecuencias del aumento de libertad podían mermar la estabilidad política del régimen. A partir de ese momento, cualquier intento disidente fue rápidamente neutralizado a través de las instituciones que el partido controlaba (Zhao, 1998).

A su vez, la renovación generacional dentro del propio partido fue necesaria porque permitía proyectar una imagen renovada y, de esta forma, evitar una crisis de liderazgo como la soviética (Li, 2016). Con el establecimiento de mecanismos de sucesión que permitían que el poder se transmitiese ordenadamente, se aseguraba que la elección de los altos cargos fuera en base a la experiencia administrativa, la lealtad incondicional al partido y la capacidad de estos de garantizar la continuidad del régimen. Además, al contar con un cuadro más joven, tecnocrático y eficiente, se aseguraba que éstos fueran capaces de adaptarse a las demandas sociales, al tiempo que se mantenía el control autoritario. De hecho, mecanismos como las asambleas populares fueron utilizados para caracterizar la autoridad del partido como “deliberativa” (Baogang, 2006), dado que tenía en consideración las consultas sociales al permitir la participación, si bien esta era limitada.

Para finalizar, es preciso hacer referencia a la identidad nacional que proyectaba el PCCh, que era una combinación de sus grandes aspiraciones económicas y un liderazgo ejercido exclusivamente por sus miembros (Callahan, 2010). Esta imagen le permitió proyectarse como una renovación del pasado, siendo la solución a los problemas y la vía para un futuro próspero. Además, en el ambiente internacional, algunas iniciativas, como la Nueva Ruta de la Seda, devolvieron el prestigio al país y permitieron al PCCh legitimar sus decisiones; posicionándolo internamente como superior a las democracias liberales occidentales (Ramo, 2004).

6.4. FACTORES CULTURALES Y SOCIALES EN LA ADAPTACIÓN CHINA

Si bien es cierto que las reformas económicas en China facilitaron su supervivencia ante el colapso soviético, no fueron el único elemento que facilitó la continuidad del régimen y del PCCh, porque factores culturales y sociales jugaron un gran papel. Tanto la herencia confuciana como el fuerte sentimiento nacionalista de su población, y la legitimación de las medidas implementadas como única vía para lograr la modernización, fueron elementos claves de este proceso.

La cultura política china, históricamente influenciada por el confucianismo, favoreció la existencia de una estructura jerárquica dentro del orden social, caracterizada por su estabilidad y obediencia absoluta al poder central. En este sentido, se promovió la subordinación del individuo al interés colectivo y se enfatizó en la importancia de respetar a la autoridad que ostenta el poder.

Debido al enraizamiento de esta cultura, el PCCh logró legitimar su poder sin recurrir a otros mecanismos propios de países occidentales, como elecciones. Al ser el partido el encargado de promover las reformas económicas, éstas recibieron una aprobación generalizada sin ser cuestionadas y, más importante, sin tener que optar por la democratización política para su aceptación como ocurrió con Gorbachov (Zhao, 2009). Tanto el régimen autoritario como las desigualdades que fueron surgiendo, se consideraron parte del proceso que lograría el progreso y la estabilidad del país.

El PCCh, apoyándose en los valores tradicionales, predicó que el crecimiento económico precisaba de un liderazgo firme. Además, en esta línea, se relegó a un segundo plano la participación política directa, al priorizar la estabilidad y la prosperidad de las reformas. La modernización autoritaria de China se consolidó con raíces de tradición filosófica.

Por otra parte, ha de señalarse que la sociedad china se caracterizó por un fuerte sentimiento nacionalista común que jugó un papel cohesionador, a la vez que deslegitimaba cualquier movimiento disidente. El PCCh promovió la idea del “sueño chino” y la búsqueda del “renacimiento nacional” con la finalidad de reforzar su legitimidad. Esta narrativa llamaba al orgullo patriótico y aspiraba a posicionar al país como una superpotencia dentro del panorama internacional que había logrado salir de un “siglo de humillaciones”.

Además, ante la necesidad de una autoridad capaz de frenar la fragmentación y el colapso, la sociedad comprendió que el PCCh era la piedra angular que garantizaría la recuperación, la prosperidad y devolvería la grandeza al país (Shirk, 2007). Este sentimiento pronto se institucionalizó al pasar a incluirse en el sistema educativo, los medios de comunicación, e incluso, se crearon campañas públicas de promoción, asemejándose a las políticas nacionalistas estalinistas. Tácitamente, existía un contrato social con la población, se garantizaba el crecimiento económico a cambio de la estabilidad social (Nathan, 2003).

Como ya se ha mencionado, el crecimiento económico favoreció a la sociedad porque se mejoró el nivel de vida en algunas ciudades, surgiendo la clase media urbana que poseía ciertos derechos económicos y servicios y, progresivamente, se aceleró la transformación urbana. Además, el estricto control sobre los medios de comunicación, la censura en internet y el empleo de tecnologías de vigilancia, lograron limitar los discursos en contra del régimen y las ideas democráticas, evitando así la contaminación ideológica, tanto en el ámbito interno como internacionalmente (Brady, 2008).

Por último, es preciso hacer referencia al papel que jugó la “Revolución Cultural China” en la sociedad china, al permanecer como una experiencia traumática en la memoria colectiva del país. Se trató de un periodo comprendido entre 1966 y 1976 en el que la persecución ideológica fue una constante, las distintas facciones políticas estaban en constante disputa por conseguir el poder, la educación colapsó, gran parte del patrimonio cultural se destruyó, y tuvo lugar una ruptura del orden institucional. Las reformas posteriores fueron lideradas por las mismas élites políticas y académicas que quedaron traumatizadas por estas vivencias, lo que sirvió para evitar que un desastre social y cultural de esta magnitud volviese a suceder.

7. ANÁLISIS COMPARATIVO DE LAS REFORMAS Y ENFOQUES POLÍTICOS

7.1. ESTRATEGIAS DE TRANSFORMACIÓN ECONÓMICA EN LA URSS Y CHINA: GRADUALISMO, SIMULTANEIDAD Y SUS CONSECUENCIAS

Hasta los años 80, tanto la URSS como China presentaban rasgos similares en términos económicos al estar ambas economías estancadas: la planificación estatal era rígida, los incentivos a la productividad escasos y existía una organización altamente burocratizada. Estos dos países necesitaban urgentemente modernizarse sin tener que renunciar al control estatal. Sin embargo, los caminos escogidos fueron diferentes. Al tiempo que la URSS adoptó reformas abruptas y simultáneas, agravando la crisis existente del sistema planificado; en China las transformaciones fueron graduales y deliberadas, manteniendo un crecimiento constante sin que el partido perdiese el monopolio del poder.

De entre las diferencias más notorias en los cambios adoptados por ambos Estados, se debe comenzar comparando la secuencialidad y el ritmo con el que se implementaron las reformas. Por un lado, la URSS bajo la dirección de Gorbachov, puso en marcha la *perestroika* en 1985 que, como se ha explicado en el capítulo cuarto, pretendía reestructurar el sistema económico y modernizar el obsoleto aparato productivo a través de la descentralización parcial del modelo económico planificado, la concesión de mayor autonomía a las empresas y la autorización de cierta participación reglada del sector privado (Naughton, 2018). Estos cambios fueron implementados simultáneamente en la totalidad de sectores y territorios del país, sin contar con una fase previa de prueba ni ningún tipo de retroalimentación, causando desequilibrios en el propio sistema al estar acostumbrado a seguir directrices del *Gosplan* (Ellman & Kontorovich, 1998).

Sin embargo, en la República Socialista China de Deng Xiaoping, la implementación de las reformas no fue simultánea, sino que siguió un principio de gradualismo pragmático. Este último consistía en seguir una política de “doble vía”, es decir, en vez de desmontar la preexistente estructura centralizada, se conservaba la estructura estatal, al tiempo que se introducían mecanismos propios de una economía de mercado. En concreto, el proceso de reforma comenzó en el sector agrícola, a través de los planes de responsabilidad familiar (*baochan daohu*), garantizando cierta autonomía en las decisiones a los sectores productivos y permitiendo que los excedentes se comercializaran localmente (Naughton, 2007). Gracias a este enfoque, el PCCh podía comprobar la viabilidad de las medidas en determinadas regiones,

antes de arriesgarse a implementarlas a nivel nacional, y así reducir posibles riesgos de fracaso de las reformas adoptadas.

El segundo punto de divergencia en la actuación de estos dos países lo hallamos en los mecanismos escogidos para incentivar la economía y en la manera de reformar el régimen de propiedad. Por un lado, con la aprobación de la Ley de Empresas del Estado de 1987 se concedió, en la URSS, cierta autonomía de decisión a algunas unidades productivas, aunque sin otorgarles incentivos por la eficiencia o algún beneficio directo a los trabajadores (Kotkin, 2001). Tampoco se reformó la estructura de precios, manteniendo la fijación artificial de los mismos, ni se hicieron modificaciones en el ineficiente aparato burocrático; generándose incoherencias entre la realidad práctica del plan y las nuevas directrices de mercado. Además, junto a la liberalización parcial no se logró establecer un mercado eficiente sustitutivo de la planificación, tal como revela la disminución del 20% en la producción agrícola en determinadas regiones entre 1989 y 1991 (Ellman & Kontorovich, 1998) (Sakwa, 1990).

En cambio, en las reformas económicas de China se rediseñaron completamente los incentivos. Por una parte, en el sector rural, se permitió que el campesinado retuviese una parte de sus ganancias, fomentando la productividad y la generación de mayores cifras de ingresos. Por otra parte, en el sector industrial, se autorizó el establecimiento de empresas de pueblo y aldea (*township and village enterprises*), es decir, empresas colectivas operadas de acuerdo con la lógica de mercado, y además, floreció la competencia progresiva entre entidades estatales y privadas (Qian, 2003). Por tanto, al permitir la descentralización de las decisiones y la acumulación de capital en algunas zonas, el Estado estaba incentivando el desarrollo económico, pero manteniendo el control político en sus manos.

Por último, otro elemento de discrepancia radicaba en cómo gestionaron la apertura exterior, tanto al capital como al comercio. Comenzando por la URSS en su etapa de la *perestroika*, cabe destacar la ambigüedad en su relación con los flujos internacionales. Su apertura se caracterizó por ser parcial y tardía, suponiendo más la contracción de una deuda externa en incremento que su introducción en el mercado competitivo global. A diferencia de los soviéticos, en China se centraron en atraer inversión extranjera directa a través de la creación de ZEE, que ofrecían beneficios fiscales, regulaciones favorables y modernas infraestructuras (Naughton, 2007). De esta forma, el país logró posicionarse en las cadenas de valor globales. Esto se reflejó en los más de 40.000 millones de dólares anuales que consiguió en IED durante

los años 90. Posteriormente, China se convirtió en uno de los principales exportadores de productos manufacturados a nivel global.

Por todo ello, resulta evidente el impacto que tuvieron las reformas soviéticas en un sistema que ya estaba en crisis. Las consecuencias principales fueron el desplome de la producción, el aumento de la inflación, la escasez de recursos y la pérdida de legitimidad institucional; provocándose un colapso total del aparato económico estatal (Brown, 2009). En cambio, las transformaciones emprendidas por China tuvieron resultados favorables en su ciclo económico, creciendo su PIB entre 1978 y 2000 una media del 9,5% al año, y saliendo unos 700 millones de personas de la pobreza (Lin, 2012). Gracias a sus logros, se legitimó el modelo híbrido chino conocido como “economía socialista de mercado”. Este sistema, aunque no estaba exento de desigualdades estructurales y regionales, ni de prácticas corruptas, logró mejorar el bienestar de gran parte de la población.

En conclusión, el divergente diseño estratégico seguido por la URSS y China condicionó el futuro de cada uno de estos países.

7.2. DIVERGENCIAS EN EL EJERCICIO DEL PODER: LIDERAZGO, ORGANIZACIÓN PARTIDARIA Y ESTABILIDAD ENTRE LA URSS Y CHINA

La URSS y China consolidaron a lo largo del siglo XX sus respectivos regímenes comunistas, sustentados en un sistema de partido único, con estructuras basadas en un control centralizado y un ejercicio autoritario del poder. Si bien presentan similitudes en esos aspectos, sin embargo, ante los desafíos estructurales de sus respectivos sistemas socialistas, las estrategias adoptadas por cada uno de ellos fueron diferentes.

Las diferencias más notables las encontramos en los aspectos relativos a la forma de gestionar el liderazgo, a la configuración institucional del partido, a los instrumentos utilizados para mantener la estabilidad política y al control ejercido sobre la sociedad.

Al tiempo que en la URSS su estructura interna se debilitó como consecuencia de la descentralización política, en China lograron reforzar el control autoritario gracias a la redefinición de las líneas que seguía el liderazgo y a la consolidación de un gobierno resiliente y centralizado.

El primer punto de inflexión entre ambos procesos reside en la forma en la que se ejerció el liderazgo político. Por un lado, en la URSS, en el gobierno de los años ochenta resultó evidente la crisis generacional por la sucesión, en un corto periodo de tiempo, de tres dirigentes de avanzada edad, Brezhnev, Andrópov y Chernenko. Además, este cambio constante de líder produjo una parálisis política, al bloquearse cualquier intento de reforma trascendental (Galeotti, 2018). A pesar de que, en 1985, el ascenso de Gorbachov parecía que traería consigo las ansiadas y necesarias reformas, terminó caracterizándose por su ambigüedad y ausencia de una dirección clara. La mezcla de reformas económicas precarias, la relajación de la censura y la introducción de una democratización parcial sentaron las bases del progresivo debilitamiento del régimen, carente de alternativas institucionales sólidas (Kotkin, 2001).

En cambio, el pragmático liderazgo de Deng Xiaoping, sucesor de Mao Zedong, fue capaz de orientar al país hacia la modernización sin comprometer el control del PCCh. El liderazgo de Xiaoping no se ejerció mediante la ocupación de un cargo formal dentro del Estado, el control lo llevó a cabo desde la Comisión Militar Central y el Comité Central del partido. Su liderazgo se caracterizó por ser tecnocrático a la vez que eficiente, ya que priorizó el mantenimiento de la estabilidad política y lograr un crecimiento económico duradero, por encima de la apertura ideológica o de realizar cualquier cambio institucional (Vogel, 2011). De esta forma, consiguió

mantener la cohesión interna, tener un control absoluto de las reformas y prevenir cualquier vació de autoridad durante la transición.

En línea con el liderazgo, otro elemento que marcó la divergencia en el futuro de ambos modelos comunistas fue la estructura dentro del propio partido. El PCUS fue víctima de una constante pérdida de autoridad y cohesión interna durante la *perestroika*; independientemente de que las medidas fueran bienintencionadas. La emergencia de corrientes que criticaban al PCUS, no sólo externas sino también desde su interior, y la consiguiente legalización de partidos que históricamente habían estado prohibidos al oponerse al PCUS, llevaron a que perdiese el rol de “fuerza dirigente”, e impulsó la competencia política por encima de su capacidad de control (Brown, 2009).

Sin embargo, el PCCh no modificó su estructura “vertical, jerárquica y disciplinada”, priorizando las reformas económicas. La intención de esta forma de actuar residía en la creencia de que era posible adaptarse al nuevo modelo sin tener que renunciar al control político. Ello fue posible gracias a una serie de mecanismos de renovación interna, un sistema de promoción por méritos y la sumisión incuestionable a los niveles superiores del poder (Brødsgaard, 2012). En consecuencia, al tiempo que el poder del PCUS se fragmentaba, el PCCh reforzaba sus estructuras gracias a la proyección de una narrativa que lo presentaba como el único guía del progreso económico y de la restauración del orgullo nacional, con una mirada hacia el progreso.

Asimismo, el diseño institucional afectó directamente a la estabilidad política de estos países. Por un lado, en la URSS se combinaron la apertura parcial a un régimen democrático y una profunda crisis económica y social, al surgir fuertes sentimientos nacionalistas en determinadas regiones. Al tiempo que muchas repúblicas federales demandaron mayor autonomía, el gobierno central perdía su capacidad de control, y el consiguiente intento de golpe de Estado, en agosto de 1991, apuntó que el final de este régimen estaba cerca (Suny, 1993). De hecho, fue en diciembre de ese mismo año cuando formalmente se desintegró la URSS. Fue una veloz transición caótica, con una profunda crisis de autoridad.

Por otra parte, en China no estuvieron exentos de desafíos, destacando las protestas de Tiananmen en 1989, aunque los resultados fueron bien distintos, ya que el régimen reaccionó de forma diferente. Al reprimir las manifestaciones se reafirmó la intención del partido de permanecer con el control político; esto supuso un toque de atención que hizo que se optara por fortalecer el aparato estatal (Zhao, 2004). Tras este evento, el partido combinó la represión

selectiva con la mejora del bienestar material, con la finalidad de evitar cualquier riesgo que comprometiese la unidad e integridad del partido, así como su control territorial.

Por último, expondré las diferencias en el control social entre la URSS y China, siendo una de las claves en el mantenimiento de la legitimidad y la cohesión. En este sentido, si bien es cierto que el aparato que ejercía el control en la URSS resultó efectivo durante un periodo de tiempo, pronto comenzaría su erosión al implementar las políticas de la *glasnost* y permitir mayor libertad de prensa. Además, la divulgación de los crímenes cometidos en la época estalinista, los errores económicos y los altos niveles de corrupción burocrática redujeron considerablemente la autoridad moral del partido, dando lugar a una crisis generalizada por falta de confianza (Fitzpatrick, 2019). Con la cesión de parte del monopolio de la información que circulaba en el país, el PCUS perdió a su vez el control sobre aquello que se decía, afectando directamente a su discurso.

En cambio, en China las reformas incluyeron la redefinición del control social, pasando a ser un sofisticado mecanismo con herramientas tecnológicas. Al control estatal sobre los medios de comunicación y a la educación basada en la ideología, se añadieron la censura digital, la supervisión tecnológica y la creación de redes de información en las comunidades. Se trató de un contrato social implícito, en que el Estado garantizaba el desarrollo económico y mejoraba las condiciones de vida, a cambio de que la sociedad se mantuviese obediente y no generase protestas (Brady, 2008).

7.3. ANÁLISIS DE LA LEGITIMIDAD DEL COMUNISMO EN EL CONTEXTO DE CADA PAÍS

La disparidad de resultados entre la URSS y China, además de manifestarse en términos económicos y políticos, también afectó a la legitimidad del comunismo durante la última etapa del siglo XX. Aunque que en ambos países el comunismo se presentó como una ideología rectora que sirvió de fundamento para legitimar el poder autoritario del Estado, la capacidad para mantener este régimen ante los desafíos fue diferente. Analizaremos cada caso concreto.

Por una parte, en la URSS se dio una pérdida progresiva de la legitimidad que ostentaba el comunismo debido a la progresiva desconexión entre la ideología que oficialmente se promovía y la realidad práctica de ésta. Ni el desarrollo económico, ni la calidad de vida, ni las aspiraciones sociales guardaban relación ya con el discurso marxista-leninista, floreciendo una población más consciente de la incapacidad estructural del sistema. Las reformas de Gorbachov, al impulsar la *glasnost*, hicieron que los errores históricos de este régimen salieran a la luz, destacando entre otros las represiones en la época estalinista o el desastre de Chernóbil, lo que provocó que se debilitasen los fundamentos morales sobre los que se sustentaba la autoridad del partido (Fitzpatrick, 2019). Asimismo, la ineficacia de la *perestroika*, al no lograr la mejora en las condiciones de vida, contribuyó a que se generalizase la percepción de que ninguna reforma sería capaz de sacar a flote el comunismo soviético. Por tanto, se precipitó la crisis social al erosionarse la confianza pública y perderse la cohesión política; siendo inevitable el colapso del PCUS y de la propia URSS. El régimen no fue capaz de reconstruir su legitimidad, ni en términos ideológicos ni prácticos.

Por otra parte, el PCCh, en contraste con el colapso del PCUS, logró garantizar su legitimidad sin tener que renunciar al poder. Xiaoping optó por reformular el socialismo a través de su adaptación al desarrollo económico que se estaba impulsando, mediante el denominado “socialismo con características chinas”, como ya hemos visto. Con esta fórmula, al tiempo que se mantuvo como marco institucional el discurso comunista, se incorporaron elementos propios de economías de mercado y una limitada propiedad privada. No solo recaía la legitimidad del PCCh sobre la adhesión ideológica, sino que también se justificaba por su idoneidad de garantizar crecimiento económico y lograr que China se presentase como una potencia a nivel global (Naughton, 2007). A ello se unió el relato nacionalista propugnado por el partido, que vinculaba el éxito del modelo implementado en el país con la salida del “siglo de humillación” y la recuperación de su dignidad. Por tanto, el comunismo en China fue una herramienta que

garantizó la cohesión nacional, no un conjunto de dogmas ideológicos, y que permitió la modernización sin tener que dar paso al pluralismo político (Zhao, 2009).

8. CONCLUSIONES

Con posterioridad al somero análisis efectuado a lo largo del presente estudio, expondré las conclusiones extraídas respecto a las causas que llevaron a la URSS y a China a seguir trayectorias distintas en su afán de perpetuar el comunismo y las consecuencias que tuvieron las reformas que implementaron, tanto a nivel interno como en el ámbito internacional.

En primer lugar, las distintas trayectorias de la URSS y China fueron consecuencia de factores domésticos divergentes. En el caso soviético, Mijaíl Gorbachov y sus reformas incompletas, de apertura política y económica, trajeron consigo tensiones sociales y nacionalistas, que llevaron a la pérdida del control central. Si bien los cambios buscaban salvar el sistema y la autoridad del PCUS, así como mantener la legitimidad ideológica del régimen, todas estas reformas resultaron insuficientes e inadecuadas, en la mayoría de los casos, provocando la fragmentación interna y el consiguiente colapso soviético.

Sin embargo, el liderazgo pragmático de Deng Xiaoping en China y su estrategia de reforma económica gradual, con un férreo control político, permitieron al PCCh reactivar el crecimiento económico sin ceder el monopolio del poder. A diferencia de Moscú, las inestabilidades sistemáticas se contuvieron en Beijing y se evitó una liberalización política abrupta, dado que las transformaciones que se llevaron a cabo fueron modulas cuidadosamente con el fin de mantener el control estatal.

En segundo lugar, la divergencia en el destino de ambos países se explica por la distinta configuración institucional y las diferencias en la gestión de la legitimidad ideológica. La URSS, como su nombre indica, era un Estado Federal formado por repúblicas que tenían sus identidades nacionales propias y que, con el debilitamiento de la autoridad central, lo utilizaron como incentivo para reivindicar su autonomía o independencia. Además, la narrativa que empleó el régimen soviético para legitimar su poder, que consistió en la promesa marxista-leninista de progreso igualitario, se fue deteriorando a causa del prolongado estancamiento económico y los múltiples privilegios de los que gozaban las élites, siendo socavada finalmente esta promesa por el fracaso de las reformas de Gorbachov, que no ofrecieron un reemplazo efectivo.

Por el contrario, China era un Estado unitario bajo un control centralizado del PCCh, donde las tensiones étnicas de zonas periféricas fueron contenidas mediante un firme control político territorial. Asimismo, el PCCh, sin renunciar a la doctrina socialista, adaptó el discurso

ideológico a las peculiaridades del país, combinando la retórica comunista con el pragmatismo de mercado y presentándose como garante del desarrollo nacional.

Por último, las condiciones internacionales influyeron de manera asimétrica en cada caso. La URSS mantuvo una constante competencia estratégica con Occidente, especialmente en la última parte de la Guerra Fría, que azotaba su economía al requerir de grandes desembolsos militares y fuentes de financiación. Tampoco ayudó el carácter cerrado de su modelo económico, ni su falta de integración en el mercado global. También supuso una carga tener que sufragar tanto los costes de mantenimiento de sus aliados geopolíticos, como Afganistán, como los gastos de sus intervenciones en los conflictos bélicos de sus aliados.

En cambio, el entorno internacional favoreció el desarrollo en China, tras su apertura diplomática a Occidente en la década de 1970, mediante la atracción de la inversión extranjera, las innovaciones tecnológicas y el comercio exterior. En contraposición a la URSS, cuyo afán por ser una superpotencia solo le comprometía a costosas obligaciones, China centró sus intereses en evitar confrontaciones bipolares directas. Además, las decisiones de no involucrarse en carreras armamentísticas extensivas y enfocarse en la consolidación de su seguridad nacional, así como en ascender en el orden internacional, brindaron al país chino oportunidades de reforma y crecimiento.

Tras realizar el análisis comparativo entre la URSS y China, resulta evidente que la perdurabilidad de los regímenes comunistas no depende de un único elemento, sino de la compleja concatenación de factores internos y externos, tanto materiales como ideacionales.

Por una parte, los elementos estructurales, entre los que se encuentran el desarrollo económico, el esquema institucional del Estado y las coacciones internacionales, establecen las condiciones objetivas a las que el liderazgo tiene que hacer frente, de acuerdo con el realismo estructural.

Por otra parte, no se debe infravalorar el rol de las ideas, de las identidades y de las narrativas, analizadas por el constructivismo, puesto que la capacidad de definir la ideología nacional, la forma en la que se determinan los pilares de la legitimidad y la idoneidad para mantener la cohesión interna y externa del partido (ya sea el PCUS o el PCC), marcaron un factor diferencial que explica el derrumbe soviético y la resiliencia china.

La incapacidad soviética de adaptar su estructura económico-política y su identidad económica a las exigencias de la última década del S. XX hicieron que se quedase atrapada bajo un aparato

económico ineficiente y una ideología rígida, sin poder aspirar a competir en el mercado tecnológico-económico global. En cambio, el ajuste gradual del modelo chino le permitió integrarse en el mercado mundial, sin renunciar al centralizado control político ni a su proyecto comunista. En última instancia, fue la combinación de un adecuado manejo del entorno internacional y una renovación interna ideológica lo que marcó la diferencia en sus destinos.

Las “rutas divergentes” de estos dos países confirman que si un sistema comunista quiere garantizar su supervivencia debe implementar una transformación exitosa en los sectores político y económico de forma paulatina, que tenga repercusiones positivas en el ámbito socio-cultural, siendo crucial una adecuada narrativa político-ideológica capaz de sostener el poder.

9. BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Mariño, N. L. (2024, febrero 6). Constructivismo en el análisis de las relaciones entre China y América Latina: una mirada desde las perspectivas wentianas. *Revista Relaciones Internacionales*, 97(1). <http://dx.doi.org/10.15359/97-1.2>

Anguiano-Ugo Pipetone, E. (2014). Deng-Xiaoping, 1977-1980. In *República popular china: de la utopía al mercado* (Primera edición:2014 ed., p. 792). CIDE. <https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=nne0BgAAQBAJ&oi=fnd&pg=PA5&dq=República+Popular+China+se+emprendieron+procesos+de+reforma+económica+liderados+por+Deng+Xiaoping+&ots=jFB9Y2vQAC&sig=Wo5MBVAJxX0gLjAUPs4hhy16cQ#v=onepage&q&f=false>

Araya, V., Alfaro, M., & Andonegui, M. (2007, marzo 14). Constructivismo: orígenes y perspectivas. *Laurus: Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal*, 13(24), 76-92. <https://www.redalyc.org/pdf/761/76111485004.pdf>

Becerra, L. (2013, junio 25). Hacia un marco constructivista realista para el análisis de las relaciones internacionales desde las periferias. *Colombia Internacional*, 78(01), 81-126. <http://dx.doi.org/10.7440/colombiaint78.2013.04>

Bell, D. A. (2016). *The China Model: Political Meritocracy and the Limits of Democracy*. Princeton University Press. <https://dokumen.pub/the-china-model-political-meritocracy-and-the-limits-of-democracy-9781400883486.html>

Brown, A. (1996). *The Gorbachev Factor*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0192880527.001.0001>

Brown, A. (2007). *Seven Years that Changed the World: Perestroika in Perspective*. OUP Oxford. <https://archive.org/details/sevenyearsthatch0000brow/page/n7/mode/2up>

Brown, A. (2009). *The Rise and Fall of Communism*. HarperCollins. <https://redox-college.s3.ap-south-1.amazonaws.com/kmc/2020/Mar/25/gQZ1GDlftxkgpdYPhODo.pdf>

Brzezinski, Z. (1990). *The Grand Failure: The Birth and Death of Communism in the Twentieth Century*. Collier Books. <https://archive.org/details/grandfailureb00brze/page/n295/mode/2up>

- Bull, H. (2002). *The anarchical society*. Columbia University Press. [http://slantchev.ucsd.edu/courses/ps240/03%20Anarchy,%20Hierarchy,%20and%20Sovereignty/Bull%20-%20The%20Anarchical%20Society%20\(Ch%201-3\).pdf](http://slantchev.ucsd.edu/courses/ps240/03%20Anarchy,%20Hierarchy,%20and%20Sovereignty/Bull%20-%20The%20Anarchical%20Society%20(Ch%201-3).pdf)
- Fewsmith, J. (2012). *China Since Tiananmen: The Politics of Transition*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511790959>
- Gaddis, J. L. (2005). *The Cold War: A New History*. Penguin Press. <https://ia803100.us.archive.org/33/items/thecoldwaranewhistory/The%20Cold%20War%20%20a%20new%20history.pdf>
- Gaidar, Y. (1999). *Days of defeat and victory*. University of Washington Press. <https://books.google.es/books?id=AsODNXgkkCQC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>
- Hague, R., Peters, B. G., Saich, T., & Harrop, M. (1998). *Comparative Government and Politics: An Introduction*. Macmillan. https://api.pageplace.de/preview/DT0400.9781137445308_A30645372/preview-9781137445308_A30645372.pdf
- Heilmann, S. (2008, marzo). Heilmann, S. (2008). Policy experimentation in China's economic rise. *Heilmann, S. (2008). Policy experimentation in China's economic rise. Routledge., 43(1), 1-26.* http://chinapolitik.org/files/no_59.pdf
- Hosking, G. A. (2011). *Russia and the Russians: A History*. Belknap Press of Harvard University Press. <https://archive.org/details/russiarussianshi2nde hosk>
- Hough, J. F. (1997). *Democratization and Revolution in the USSR, 1985-1991*. Brookings Institution. <https://archive.org/details/democratizationr00houg>
- Inglehart, R., & Welzel, C. (2005). *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence*. Cambridge University Press. https://www.researchgate.net/publication/230557603_Modernization_Cultural_Change_and_Democracy_The_Human_Development_Sequence
- Jordán, J. (2022, February 26). *Realismo en las Relaciones Internacionales*. Global Strategy. Retrieved April 7, 2025, from <https://global-strategy.org/teorias-realistas-para-comprender-la-politica-internacional/>

- Knorr, K. (1975). *Power Of Nations*. Basic Books.
<https://archive.org/details/powerofnationspo0000knor/page/n5/mode/2up>
- Kotkin, S. (2008). *Armageddon Averted: The Soviet Collapse, 1970-2000*. Oxford University Press. <https://archive.org/details/armageddonaverte0000kotk>
- Lin, J. Y. (2012). *Demystifying the Chinese Economy*. Cambridge University Press.
https://books.google.es/books/about/Demystifying_the_Chinese_Economy.html?id=r_xzJoskK_rwC&redir_esc=y
- Lubina, M. (2017). *Russia and China: A Political Marriage of Convenience - Stable and Successful*. Barbara Budrich Publishers.
<https://www.researchgate.net/profile/Michal>
 Lubina/publication/331698096_Russia_and_China_A_political_marriage_of_convenience_-_stable_and_successful/links/5e6bf09ea6fdccf994c65187/Russia-and-China-A-political-marriage-of-convenience-stable-and-successful.
- Marcos-Marné, H. (2014, julio 7). El enfoque constructivista y el papel de los nacionalismos en la desintegración de Yugoslavia: ¿coyuntura política o herencia del pasado?*. *Oasis*, (19), 105-121.
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5134871.pdf>
- Max, K., & Engels, F. (1848, Febrero). Manifesto of the Communist Party. *Marx/Engels Selected Works*, 1(1), 98-137.
<https://www.marxists.org/archive/marx/works/download/pdf/Manifesto.pdf>
- McAuley, M. (1992). *Soviet Politics 1917-1991*. Oxford University Press.
<https://archive.org/details/sovietpolitics1900mary/page/n151/mode/2up>
- McFaul, M. (1999). Transition from Communist Rule. *Political Science Quarterly*, 114(1), 103-130. <https://doi.org/10.2307/2657993>
- Mendoza, M. (2023, Enero - Junio). El equilibrio de amenaza neorrealista: Un estudio del caso sino-estadounidense durante la Guerra Fría. *Perspectivas Revista de Ciencias Sociales*, 08(15). <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/9175811.pdf>
- Naughton, B. (2007). *The Chinese Economy: Transitions and Growth*. MIT Press.
<https://valeriaribeiroufabr.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/07/barry-naughton-the-chinese-economy-transitions-and-growth.pdf>

- Naughton, B. J. (2018). *The Chinese Economy: Adaptation and Growth*. MIT Press.
<https://mitpress.ubliish.com/ebook/the-chinese-economy-preview/264/i>
- Nove, A. (1992). *An economic history of the USSR, 1917-1991*. Penguin Books.
<https://archive.org/details/aneconomichistoryussrnove/page/n493/mode/2up>
- Pei, M. (2008). *China's Trapped Transition: The Limits of Developmental Autocracy*. Harvard University Press.
<http://ndl.ethernet.edu.et/bitstream/123456789/54266/1/30.Minxin%20Pei..pdf>
- Pérez Caldentey, I. (1996). El realismo y el final de la guerra fría. *Revista Pontificia Universidad Católica del Perú*, 03(06), 73-77.
<https://doi.org/10.18800/agenda.199601.003>
- Perkins, D. H., & H Perkins, D. (2015). *The Economic Transformation of China*. World Scientific.
https://books.google.es/books/about/The_Economic_Transformation_of_China.html?id=3GyzoAEACAAJ&redir_esc=y
- Pizzonia Barrionuevo, C. (2018). La década pérdida de Rusia (1991-1999): de la desintegración soviética al colapso ruso. In *Migración desde la ex URSS: la diáspora veinticinco años después* (Primera edición: noviembre de 2018 ed., p. 376). Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, División de Ciencias Sociales y Humanidades.
https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net/76454569/migracion_exurss-libre.pdf?1639644016=&response-content-disposition=inline%3B+filename%3DAscenso_de_Donald_Trump_a_la_presidencia.pdf&Expires=1744012438&Signature=F51TPSG5Uom-MdimtCH1EBccmWX4WoL1~P8iL5rVJU5~q
- Sánchez Ortega, A. (2019, noviembre 22). La política exterior rusa y su relación con Occidente. Una visión desde el realismo neoclásico. *Revista Española de Derecho Internacional*, 72(1), 163-186. <http://dx.doi.org/10.17103/redi.72.1.2020.1.07>
- Sánchez Sánchez, J. (1996, abril 15). La caída de la URSS y la difícil recomposición del espacio ex-soviético. *Papeles de Geografía*, (23-24), 283-298.
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/105549.pdf>

- Shirk, S. L. (2008). *China: Fragile Superpower*. Oxford University Press.
https://books.google.es/books/about/China.html?id=eQ1rAAAAQBAJ&redir_esc=y
- Sornoza Parrales, G. I., Parrales Poveda, L. M., Sornoza Parrales, D. R., & Guaranda Sornoza, V. F. (2018, mayo 20). Reforma económica China: de economía planificada a economía de mercado. *Revista Venezolana de Gerencia*, 23(83), 521-529.
<https://www.redalyc.org/journal/290/29058775001/html/>
- Suny, R. (1993). *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union*. Stanford University Press.
<https://archive.org/details/revengeofpastnat0000suny>
- Vogel, E. F. (2011). *Deng Xiaoping and the Transformation of China*. Harvard University Press.
https://www.hup.harvard.edu/file/feeds/PDF/9780674725867_sample.pdf
- Waltz, K. N. (1979). *Theory of international politics*. Addison-Wesley Publishing Company.
https://dl1.cuni.cz/pluginfile.php/486328/mod_resource/content/0/Kenneth%20N.%20Waltz%20Theory%20of%20International%20Politics%20Addison-Wesley%20series%20in%20political%20science%20%20%20%201979.pdf
- Waltz, K. N. (2001). *Man, the State, and War: A Theoretical Analysis*. Columbia University Press. 10.2307/1984611
- White, S. (2012). *Understanding Russian Politics*. Cambridge University Press.
https://assets.cambridge.org/97805216/88611/frontmatter/9780521688611_frontmatter.pdf
- Yao, Y. (2013). *Handbook of Economic Growth: The Chinese Growth Miracle* (P. Aghion & S. N. Durlauf, Eds.). Elsevier Science.
<https://ideas.repec.org/h/eee/grochp/2-943.html>